

GOROSTIZA, MANUEL EDUARDO DE (1789–1851)

INDULGENCIA PARA TODOS

PERSONAJES

DON FERMÍN DE PERALTA, vecino de una villa de Navarra y padre de DOÑA TOMASA y de DON CARLOS.

DOÑA TOMASA.

DON CARLOS, amigo de DON SEVERO DE MENDOZA.

DON SEVERO DE MENDOZA, caballero vizcaíno, aunque

con su familia establecida en Castilla, y tratando de casar con DOÑA TOMASA.

DON PEDRO ARISMENDI, Alcalde Mayor del pueblo y amigo de DON FERMÍN.

COLASA, criada de DOÑA TOMASA.

GASPAR, criado de DON SEVERO.

La escena se figura en una villa pequeña de Navarra.

El teatro representa una sala de la casa de DON FERMÍN, adornada con decencia, pero con muebles algo antiguos. Estará blanqueada solamente, con alguno que otro cuadro, etcétera, y ésta tendrá dos puertas, una que conduce a la entrada de la casa, y será la del foro, y otra que conduce a las habitaciones de la familia.

La acción principia a las seis de la tarde, y da fin a las doce del día siguiente.

ACTO PRIMERO

Escena I

DON FERMÍN y DON CARLOS.

DON FERMÍN

¿Conque hoy llega?

DON CARLOS

Sí, señor,

hoy mismo, o miente la carta

que acabo de recibir

de don Jaime.

DON FERMÍN

Su tardanza
me empezaba a dar cuidado.

DON CARLOS

Pues a fe que no me daba
a mí ninguno.

DON FERMÍN

¿Y por qué?

DON CARLOS

Porque fuera una bobada.
En un camino, señor,
la menor cosa embaraza,
y detiene y descompone.
Además no encuentro tanta
la diferencia. Él nos dijo
que llegaría sin falta
el lunes y llega el martes.

DON FERMÍN

Ya se ve. Con la cachaza
que gastan los mozalbetes
ahora, nada importa, nada.
Lunes dijo, y llega martes;
lo mismo es.

DON CARLOS

La cuenta es clara.
De todos modos, un día
más o menos...

DON FERMÍN

Hombre, calla,
con Barrabás, y no digas
disparates. Que el que viaja
por interés o capricho
se engañe en su cuenta, vaya
con mil diablos; pero un novio
a quien espera la blanca
mano de una doncellita,
por fin y postre, ¿no es gaita
que se venga equivocando

a la primera jornada?

DON CARLOS

A veces...

DON FERMÍN

Nunca hay disculpa.

Ahora y siempre quien se casa
debe conocer al menos
el almanaque.

DON CARLOS

Tomasa

no juzgará ciertamente
a su novio con tan rara
severidad.

DON FERMÍN

Que lo juzgue

como quiera. Todo cambia,
y en todo hay moda. Por eso
no extrañaré que a tu hermana
le parezca una lindeza,
lo que en mis tiempos bastaba
para aguar más de mil bodas.

DON CARLOS

Ya tenemos en campaña
aquellos benditos tiempos.

DON FERMÍN

No, que no. Si fuera chanza...

Por mucho menos tu tía
doña Leonor de Peralta
y Quincoces dio a su novio
unas sendas calabazas,
sin mirar que era marqués,
y rico y tonto.

DON CARLOS

¡Ahí es nada

lo del ojo! Y diga usted
¿por qué hizo tal mojiganga
la buena doña Leonor?

DON FERMÍN

Yo lo diré, pues me hallaba
precisamente en la iglesia
cuando el caso. Todo estaba
preparado: el organista
en su puesto, las arañas
encendidas, los chiquillos
a la puerta, y las beatas
muy cerquita de la novia
para ver si se cortaba.
Sólo, en fin, faltaba el cura
parpa casarlos.

DON CARLOS
Pues falta
era.

DON FERMÍN
No tanta, que estuvo
la cosa más apurada
de lo que a ti te parece.
El sacristán era rana,
no niego, y aun el mejor
tabernero de Navarra,
según dijeron entonces;
pero él solo fue la causa
de todo; con las mejores
intenciones, las más malas
resultas que puede haber.

DON CARLOS
La intención siempre le salva.

DON FERMÍN
Sí; pero ¿a quién se le ocurre,
sin esperar a que salga
el cura y por abreviar
y pillar pronto las tarjas,
el decir a novio y novia
que las manos se tomaran?
Ya se ve, el pobre cuitado,
a fuerza de amor, estaba
como están todos los novios,
sin saber lo que les pasa,
ni lo que hacen, y por dar
la mano derecha, alarga
la zurda, y zas, mi marqués

equivoca la estocada.

DON CARLOS

¡Oiga, y qué lance!

DON FERMÍN

Tu tía

era muy buena. Una santa
casi, casi; pero en punto
a el honor muy delicada.
Así, o porque tuvo agüero,
o porque le diese rabia
al ver que todos rieron
del marqués la borricada,
lo cierto es que una congoja
le dio allí mismo, tan larga,
que la tuvimos por muerta.
El doctor, que la enterraran
dispuso ya.

DON CARLOS

¿Y se enterró?

DON FERMÍN

No, porque como esperanzas
nos diera el sepulturero,
quisimos ver si acertaba,
y quiso Dios que acertase.
Pero ¡ay Carlos!, ¡qué mudanza!
Luego que tornó a la vida,
dijo que no se casaba,
y no se caso, no hay más,
que no se casó.

DON CARLOS

Pues basta
y sobra cuanto habéis dicho
para probar que se amaba
de otro modo en vuestros tiempos,
pero padre, está mi hermana
en un caso muy distinto
que su tía. Si el novio tarda,
ignoramos los motivos.
Dejad que llegue y la causa
sabremos.

DON FERMÍN

Lo que te digo
es, que entonces no escapara
tan ahína.

DON CARLOS

Señor, entonces
una mula se encojaba
con igual facilidad
que ahora. También en posadas
quedaban trasconejados
gorros, pelucas y batas.
Si una rueda se rompía,
si un zagal se emborrachaba,
como se rompen y aturcan
los presentes; si en España
no se andaba por los aires,
díglele a usted...

DON FERMÍN

Que me cansas
y me secas y fastidias:
basta ya por Dios. ¿Colasa?

COLASA

¿Señor? (Desde adentro.)

DON CARLOS

Otras son las cosas
que a mí me asustan.

DON FERMÍN

¿Qué?

DON CARLOS

Nada.

DON FERMÍN

Vaya, dilo, no me vengas
ahora con medias palabras
a guisa de covachuelo.

DON CARLOS

Pues señor, no es la tardanza,
que es el genio de mi amigo
el que solo me acobarda:

su genio, su poco mundo,
su austeridad, su...

DON FERMÍN
(Llamando.) ¿Muchacha?
Esta maldita está sorda.

Escena II

COLASA y los dichos.

COLASA
¿Mande usted?

DON FERMÍN
¿Dónde te hallabas,
diablo, que siempre es preciso
desgañitarse?

COLASA
¡Caramba!
Después que estoy todo el día
hecha un azacán, regaña
usted.

DON FERMÍN
Mujer, no es reñir,
es preguntar dónde estabas.
y qué hacías.

COLASA
Limpiar el cuarto
del huésped, hacer la cama,
y tenerlo todo pronto
para cuando llegue.

DON FERMÍN
Brava
mozuela. Y dime ¿qué colcha
has puesto?

COLASA
¡Toma! La blanca
de damasco.

DON FERMÍN

Te confieso
que temí no le encajaras
la de filipichi.

COLASA

Bueno
hubiera sido.

DON FERMÍN

Y la toalla,
el espejo, la escobilla,
el jarro y la palangana,
¿está todo en su lugar?

COLASA

Todo está.

DON FERMÍN

Pues ahora, marcha,
y clávate en el balcón,
sin andar en garambainas,
ni muecas con el herrero
de enfrente; avisa, Colasa
en sonando campanillas.

COLASA

Para autorizar las casas
nunca hace falta una mona,
en tanto que haya criadas.

DON CARLOS

Ya está aquí nuestro don Pedro.

DON FERMÍN

¿Qué don Pedro o calabaza?

DON CARLOS

¡Toma! El Alcalde Mayor.

Escena III

DON PEDRO y dichos, menos COLASA.

DON FERMÍN
¡Jesús, qué milagro! Vaya,
no esperaba tan temprano
a usted.

DON PEDRO
Usted es la causa,
amigo.

DON FERMÍN
Pues me lo cuelgo
con gusto.

DON PEDRO
Anoche quedaba
usted con tal impaciencia
por su yerno, que...

DON FERMÍN
Mil gracias,
mas ya salí del cuidado.

DON PEDRO
¡Hola!

DON FERMÍN
Sí señor. La carta
que veis es de aquel don Jaime,
un hidalgo de Tafalla,
que antes fue torero...

DON PEDRO
¿Aquél
que vive en la misma plaza
entre el cura y la botica?

DON FERMÍN
El mismo que viste y calza.

DON PEDRO
¿Y qué dice el buen hidalgo?

DON FERMÍN
Dice que durmió en su casa
antes de anoche mi yerno,

y que hoy llegará sin falta
a la tardecita.

DON PEDRO

Sea,
pues que tanto se deseaba,
mil veces enhorabuena.

DON FERMÍN

Mucho, en verdad, me alegrara
si ya estuviese hecho todo;
porque a lo menos me ahorra
de camorras.

DON PEDRO

¿Qué camorras?
en cosa ya tan tratada,
y que tanto os acomoda,
no se debe hablar palabra,
y dejar obrar al tiempo.

DON FERMÍN

Pues ahí verá usted. Acaba
ahora mismo el señor mío
de volver a las andadas,
y repetir cuanto dijo
anoche.

DON CARLOS

Si me dejara
usted hablar...

DON FERMÍN

¡Dios nos libre!

DON CARLOS

La ventura de mi hermana
la encuentro comprometida:
ella será desgraciada
sin duda. Siempre lo dije,
y lo diré mientras haya
remedio.

DON FERMÍN

¿Pues tú no fuiste,
hijo o demonio, la causa

de saber yo que existía
tal hombre? ¿No le alababas
a troche y moche? ¿Te acuerdas
cuando fui por ti a Vergara,
qué pesado y qué chinchoso
estuviste con las raras
prendas, y torna las prendas,
y el talento y la motriaca
de tu amigo, hasta obligarme
a que le viese y tratara?
Y entonces ¿de qué te admiras
si me gustó? ¿Por qué extrañas,
que no siendo un pelagatos
además, para Tomasa
le haya escogido? Su padre
que se casó en Salamanca,
siendo joven y estudiando
lo que allí enseñan, gastaba
coche, y era un caballero
quien yo traté en mi infancia,
y con quien siempre seguí
correspondencia por cartas.

DON CARLOS

Lo mismo que dije entonces,
repito ahora, y si palabra
me da usted de no enfadarse
explicaré lo que llama
en mí una contradicción.

DON PEDRO

Oigámosle. (A DON FERMÍN.)

DON FERMÍN

¿Sí? Pues charla
cuanto quieras, hijo mío;
te concedo carta blanca.

DON PEDRO

Don Severo de Mendoza
es un hombre a quien la sabia
naturaleza ha tratado
con tal indulgencia y tanta
prodigalidad, que apenas
se encuentra entre las humanas
ciencias, una, no que ignore,

sino en que no sobresalga.
Su talento, aplicación
y lectura; su extremada
facilidad para cuanto
quiere aprender, y que allana
en su favor los escollos,
que a tantos detienen, causan
verdadera admiración.
Yo le conocí en Vergara,
en donde de Humanidades
la cátedra profesaba,
y en donde tuvo principio
la amistad que nos enlaza.
Su figura es agradable,
su corazón noble; se halla
en aquella edad preciosa
en que ya desarrolladas
nuestras facultades pueden
realizar sus esperanzas.

DON PEDRO
¿Qué edad tiene?

DON CARLOS
Treinta y cinco.

DON FERMÍN
Sí, sin lo que anduvo a gatas
el año de ochenta y cuatro...

DON CARLOS
En fin, una sola mancha
desluce cuadro tan bello,
y un defecto es el que se halla
en él.

DON FERMÍN
¿Y cuál?

DON CARLOS
No tener
ninguno.

DON FERMÍN
¡Miren qué tacha!

DON CARLOS

Aún más de lo que os parece,
que la propia desconfianza
es sólo quien nos inclina
a excusar ajenas faltas.
Tiene el hombre mil tiranos,
que le sujetan o arrastran,
que le empujan o detienen,
que le humillan o levantan
el interés, la opinión,
las pasiones exaltadas,
los encontrados deberes,
las distintas circunstancias
en que cada cual se encuentra,
son otras tantas borrascas
donde el piloto más diestro,
si no perece, naufraga.
Y bien, ¿cómo exigiremos
indulgencia y tolerancia
de quien jamás ha sufrido,
de quien ignora las varias
vicisitudes que afligen
nuestra existencia precaria?
Éste es el caso, señor,
del novio. Desde su infancia
fue conducido al colegio;
allí dio tanta esperanza,
sus progresos fueron tales,
que sus mismos camaradas,
y los profesores mismos
vencieron su desconfianza,
y le obligaron a que
se opusiese a la expresada
cátedra, en lugar de irse
con su padre a Salamanca,
como quiso: Hace, en efecto,
esta oposición, la gana,
y desde entonces gustoso
se dedica a la enseñanza
de aquellos que poco antes
sus iguales se juzgaban.
Sin embargo, en nada influye
esta rápida mudanza
para sus inclinaciones:
desde su estudio a las aulas,
desde su casa al colegio

su vida entretiene y pasa
sin más trato que sus libros;
ya que esta pasión le aislara
de suerte que desconoce
el suelo que pisa. Su alma
engañada, enardecida
por lecturas exaltadas,
otra existencia se crea
tan ficticia como vana.
Grecia y Roma es su universo;
las virtudes celebradas
de sus hijos, son las solas
que le admiran y le inflaman;
con él no hay medio: a su lado
no se disimula nada;
y merece su desprecio,
si no vive a la espartana
el que le quiere tratar.

DON FERMÍN

¿Y qué consecuencia sacas
de toda esa relación
de méritos?

DON CARLOS

Una y clara.
Que quien no conoce el mundo
sino por libros; quien trata
de encontrar en cada hombre
un Catón, mucho se engaña
a sí mismo, y mil pesares
para los demás prepara.
La perfección está lejos
de nosotros por desgracia;
y el que se juzga perfecto,
mal podrá sufrir las trabas
que el lazo social impone,
ni tolerar con cachaza
de una mujer los caprichos,
de un amigo la inconstancia,
de un hijo los devaneos,
o de un suegro la acendrada
impertinencia.

DON FERMÍN

Pues, mira,

pienso que esas alpargatas
que dices, no dejarían
de tener una manada
de chiquillos, como tiene
cualquiera que ahora se casa;
y no obstante...

DON CARLOS

Es que la historia
nos recuerda las hazañas;
pero no las peloterías,
que dentro de puertas pasan.
Tomasa, señor, es viva,
y en Madrid acostumbrada
al buen trato y diversiones;
no me parece muy ardua
empresa pronosticar
que no será afortunada,
teniendo siempre a su lado
un censor, que la eche en cara
hasta lo mismo que forma
la existencia de una dama.
Tal es mi opinión. Usted
hacer podrá de su capa
un sayo, nada me importa,
pues cumplí con la sagrada
obligación que tenía.

DON FERMÍN

Señor don Pedro de mi alma
¿no es verdad que cuanto dice
este mozo es una sarta
de desatinos?

DON PEDRO

No tal.
Las reflexiones que acaba
de manifestar don Carlos,
antes bien son muy sensatas.

DON FERMÍN

¿Qué dice usted?

DON PEDRO

Lo que digo:
Que no arriendo la ganancia

a Tomasita, si el novio
es tal cual nos le retrata
su hermano.

DON CARLOS
Nada pondero.

DON PEDRO
¿Y a Tomasita le agrada
ese carácter adusto? (A DON FERMÍN.)

DON FERMÍN
No lo sé; pero apostara
a que sí; pues ella y todas
lo que quieren es casaca.

DON PEDRO
¿Se conocen?

DON FERMÍN
No se han visto
jamás.

DON PEDRO
Y la repugnancia
de su hermano ¿no la asusta?

DON FERMÍN
Como está bien educada,
nunca tuvo voluntad
propia.

DON PEDRO
O a manifestarla
no se atrevió nunca. Amigo,
vamos claros: la muchacha
puede que felice sea;
pero boda cimentada
sobre bases tan endeblés,
promete cortas ventajas.

DON FERMÍN
Pero señor, ¿qué remedio
tiene el asunto? Avisada
ya la parentela, escrito
al tío sumiller, las galas

compradas, y en casa... vamos,
no es posible. Campanada
igual ni un negro la diera.

DON PEDRO

Tampoco se desbarata,
con esa facilidad
un lazo, en que interesadas
están dos nobles familias.
Así, pues, yo aconsejara
se ensayase solamente
un medio...

DON FERMÍN

¿Alguna demanda

ante el Vicario?

DON PEDRO

No es eso.

DON FERMÍN

Pues lo que es ir a la Sala
no me atrevo: lo confieso.
Tengo mi casa atrasada
de tal modo con la guerra...
Luego, ya ve usted, las cargas
que se pagan, el granizo
que sufrimos por marzo...

DON PEDRO

¡Anda!
ya escampa y llueven guijarros.
No, don Fermín, no se zanja
tamañas dificultades
con pleitos, y aquél que trata
de componer un asunto
de familia sin jaranas
ni ruidos, nunca conviene
que empiece rompiendo lanzas.

DON FERMÍN

Pues eso quiere decir.

DON PEDRO

Ahora bien, yo me inclinara

a que inventásemos juntos
un buen ardid, que de chanza
tuviese el nombre, que fuese
una lección que enseñara
a ese filósofo grave,
que todos a igual distancia
están de la perfección,
y que...

DON FERMÍN

Ya estoy. Usted trata
de que caiga de su burro,
¿no es verdad?

DON PEDRO

Pues.

DON FERMÍN

Y de que abra
los ojos, y reconozca
que él es de la misma pasta
que su padre y que su madre;
¿no es así?

DON PEDRO

Cabal.

DON FERMÍN

Pues basta,
corre de mi cuenta.

DON PEDRO

¿Cómo?

DON FERMÍN

Lo dicho, dicho. Mañana
estará más blando el hombre
que una breva.

DON PEDRO

Pero...

DON FERMÍN

Nada:
fíese usted en mí. Se hará,
y usted me dará las gracias.

DON PEDRO

Pero, en fin, sepamos cómo.

DON FERMÍN

Mañana al romper el alba
tomo la mula, y me voy
al convento de las Claras.
Conozco allí al Capellán,
que es un piquito de plata
y todo un hombre, que estuvo
consultado por la Cámara
para una ración en Ceuta;
y a saber dónde se hallara
en el día, si él no la hubiera
renunciado; pero, vaya,
lo que él dice: Vale más
servir con mucha eficacia
media docena de madres,
que agradecen y que pagan,
que no meterse en cabildos.

DON PEDRO

Al grano, por Dios.

DON FERMÍN

Cachaza,
que no seré muy difuso.
Digo, que mi confianza
entera la deposito
en la prudencia, en la labia
de este docto sacerdote;
que lo traeremos a casa,
y en dos o tres encerronas
le pondrá como una malva.

DON PEDRO

¡Ay, don Fermín! ¡Y cuán poco
conoce usted nuestra humana
flaqueza! ¿Usted se figura
que se curan con palabras
los ridículos, los vicios
que la educación arraiga
en nosotros? ¿Usted piensa
que una obra cimentada
por el tiempo y la costumbre,

se destruye o desbarata
con retóricos discursos?
Pues no, amigo, usted se engaña.
El hombre es tan material,
que para que se persuada
de un error, es fuerza que antes
se enteren y satisfagan
los sentidos; que lo toque,
que lo vea, que la acerada
espuela del desengaño
sienta, y sufra.

DON FERMÍN
Conque ¿nada
aprovecha un buen talento?

DON PEDRO
¿Quién dice que no? Él acaba
la conversión, apreciando
las ventajas que se ganan,
y los riesgos que se evitan.

DON CARLOS
Es el cachetero.

DON FERMÍN
Calla.

DON PEDRO
Ejemplos y no sermones,
es mi receta.

DON FERMÍN
Pues caigan
más ejemplos sobre el novio,
que pelos quiere una calva
y amigos tiene un ministro.

DON PEDRO
¿Conque ustedes me dan amplias
facultades?

DON FERMÍN
Sí, señor.

DON PEDRO

Pues, amigos, oíd mi traza.
La escalera de la vida
está con jabón untada,
y el que baja más confiado,
si se descuida, resbala,
y da con su cuerpo en tierra
como los demás: Se trata,
me parece, de que el novio
dé también su costalada,
para que luego no riña
a los que en el suelo se hallan.
Pues bien, pongamos chinitas
de trecho en trecho; y si baja
él tropezará.

DON FERMÍN

Así sea;
pero temo que la trampa
llegue a conocer, la evite,
y después a carcajadas
se burle y mofe de todos.

DON PEDRO

No tal, que nadie se escapa
sin su chichón en la frente,
al menos.

DON FERMÍN

¿Y si pesada
le pareciese la burla,
y se picase?

DON PEDRO

Si alcanza
la medicina, no importa
que nuestro enfermo al tragarla
se queje un poco; que luego
sano, nos dará las gracias;
y si no alcanza, tampoco
importa un pito; pues clara
prueba será que su mal
no tiene cura.

DON FERMÍN

Pues nada
nos detenga.

DON PEDRO

Principiemos
por decirle que Tomasa
no está en casa; y el papel
de una joven desgraciada
y sensible, podrá entonces
representar la muchacha.

DON FERMÍN

¿Con qué fin?

DON PEDRO

Yo lo diré.

Escena IV

COLASA y dichos.

COLASA

Señor, señor.

DON FERMÍN

¡Qué embajada
será ésta!

COLASA

¡Toma! Que llegan
ya.

DON FERMÍN

¡Ay Dios!

COLASA

Ya están en la plaza.

DON FERMÍN

Pronto, pronto, la peluca,
dadme los guantes, la caña
y el sombrero.

DON PEDRO

¿Para qué?

DON FERMÍN

¿No es fuerza, pues, que yo salga
a recibirle?

DON PEDRO

Antes no.

Si hemos de efectuar la farsa
proyectada, deberemos
primero sus circunstancias
comprender, y repartir
los papeles.

DON FERMÍN

¿Dónde?

DON PEDRO

¡Brava
dificultad! En cualquiera
parte, aunque sea en la cuadra:
el caso es que nos juntemos.

COLASA

(A DON FERMÍN)

Intendenta, comisaria,
¿no oye usted cómo vocea
el mayoral?

DON FERMÍN

(A DON PEDRO) ¿Y la sala
que ocupaba el alojado,
será buena?

DON PEDRO

Soberana,
vamos a ella.

COLASA

¿Y yo qué digo
si se me pregunta?

DON FERMÍN

Nada;
que las mujeres no dicen
poco, cuando están calladas.

COLASA

¿Y he de callar siempre?

DON FERMÍN
Siempre.

DON PEDRO
Vamos.

DON CARLOS
Presto.

COLASA
A la ventana
me vuelvo, que quiero ver
si aprisa o despacio baja,
si entra con el pie derecho,
si estornuda o si se rasca;
pues son dignas de notarse
las menores circunstancias
en un hombre tan valiente,
como el guapo que se casa.

ACTO SEGUNDO

Escena I

COLASA, sola.

COLASA
Al arma, pues, que tenemos
nuestro moro ya en campaña;
y su porte y su presencia
son, a la verdad, gallardas.
Pero a mí ¿qué se me da?
¡Por cierto que es de importancia
el papel que se me ha dado!
¡Qué insulsez! ¡Ay! Si me enfadan
les he de pedir a gritos
me pongan una mordaza;
porque si no... ¡qué sé yo!
Mala es la fruta vedada
para las hijas de Adán;
y a fe que hay muchas manzanas.

¡Callar yo! Si sueño a gritos,
como despierta... ¡qué rabia!
Porque charlar me dejasen,
les diera ahora mi soldada
de este mes. Luego este novio
es fuerza traiga una gana
de conversación... cual todos.
Querrá hacerme la confianza
de su pasión, los temores
que le asustan, la esperanza
que le anima, sus deseos,
sus sacrificios, sus ansias,
con toda la letanía
que rezan los que se casan,
sin conocer del oficio
las quiebras... y yo ¿una estatua
estará sin responderle,
ni tomar si me regala?
No haré tal por vida mía.
Ya suben: vamos, Colasa,
ojo alerta, y no digamos
nada que conmigo valga
y pueda comprometer;
pero sí, medias palabras;
y aun enteras, siempre que
sean palabras cortesanias;
pues dicen son muy lucidas,
y de muy poca sustancia.

Escena II

DON SEVERO, GASPAR y dicha.

DON SEVERO

(A GASPAR.)

Lo dicho, dicho, Gaspar.

(A COLASA.)

Niña ¿es usted de la casa?

COLASA

Sí, señor, soy la doncella
que hay en ella.

DON SEVERO

Pues bien, haga
usted, si gusta, el favor
de anunciarle mi llegada.

COLASA
¿A quién?

DON SEVERO
A su amo de usted.

COLASA
¿No más?

DON SEVERO
¿Y qué más?

COLASA (Aparte.)
No gasta
el hombre mucha saliva.
Si las señas no me engañan,
no me costará ya tanto
callar, como imaginaba.

Escena III

DON SEVERO y GASPAR.

DON SEVERO
Y bien, ¿por qué te detienes?

GASPAR
Señor, por Santa Susana
bendita; usted reflexione,
que yo... sí...

DON SEVERO
En vano te cansas,
toma tu muleta y busca
otro amo.

GASPAR
Pero...

DON SEVERO

Excusadas,
para genios como el mío,
son todas esas plegarias.
Marcha.

GASPAR
Diez años comí
pan de usted y así se pagan...

DON SEVERO
Nada te debo.

GASPAR
Cariño.

DON SEVERO
El que sirve mal, poco ama
al dueño que le mantiene.

GASPAR
En fin, señor, ¿una falta
sólo en diez años merece
que usted me eche de su casa?

DON SEVERO
Quien hace un cesto hace ciento.

GASPAR
¿Y qué hice yo para tanta
crueldad?

DON SEVERO
Una bagatela:
a la primera jornada
volverte y dejarme solo
sin avisarme.

GASPAR
La causa
la sabe usted.

DON SEVERO
Y es muy justa.
¡Qué! Dejarme en la estacada,
por una mujer...

GASPAR

No hay tal,
y yo no soy tan batata,
que por mujeres faltase
a mi obligación.

DON SEVERO

Repara
en que me dijiste anoche
lo contrario.

GASPAR

¿Yo?

DON SEVERO

¡Tú!

GASPAR

Flaca
memoria tiene usted.

DON SEVERO

¡Cómo!
¿Con que no fue por Olalla,
la chica del sacamuelas
por quien volviste?

GASPAR

¡Caramba!
¿Puede, acaso, despedirme
antes de ella?

DON SEVERO

¡Habrá tal mandria!
¿Con que fue por ella?

GASPAR

Sí.

DON SEVERO

¿Y Olalla no tiene faldas?

GASPAR

Sí tiene; pero es mi novia,
y hay muchísima distancia
de una cosa a otra.

DON SEVERO

¡Por vida!

Ya mi paciencia se acaba.

¿No es lo mismo una mujer
que una novia?

GASPAR

Vaya, vaya

¿con que es lo mismo?

DON SEVERO

Sí tal.

GASPAR

¿Y se aman lo mismo?

DON SEVERO

¡Vanas

sutilezas! Salte afuera.

GASPAR

¿Y se aman lo mismo?

DON SEVERO

Marcha,

te digo.

GASPAR

¿A que no responde?

¡Oh razón, lo que tú alcanzas!

¿Pues reduces al silencio

a los mismos que nos pagan?

Pero por si acaso, voy

a implorar con eficacia

el favor de don Fermín;

que tal vez podrán mis lágrimas

enternecerle: él es suegro...

pero es hombre y tiene entrañas.

Escena IV

DON SEVERO, solo.

DON SEVERO

Bueno fuera, pese a tal,
que así al deber se faltase,
y uno luego se escudase
con la causa de su mal:
no, señor; el criminal
cuando halaga su cadena,
a sí mismo se condena,
y pues no tiene disculpa,
ya que cometió la culpa,
que sufra también la pena.

El alazán corredor
salta incómoda barrera
que le corta su carrera,
que inutiliza su ardor;
brama al verla de furor,
tasca el freno, su atrevida
mano hiere endurecida
tierra; pero él se detiene,
y su jinete previene,
por si acaso, espuela y brida.

Asimismo la pasión
también encuentra barreras,
que establecieron severas
ya la ley, ya la razón;
que una vez a la opinión
o al capricho se permita
despreciar lo que limita
nuestro humano desenfreno,
y si hallasen hombre bueno
pueden ponerle en su ermita.

La indulgencia es flojedad,
la tolerancia simpleza,
que indican mucha torpeza,
o mucha necesidad.

Yo lo digo con verdad,
compadezco al desgraciado;
pero si encuentro un culpado
por criminal o por necio,
le doy sólo mi desprecio,
y sale muy bien librado.

Escena V

DON CARLOS y dicho.

DON CARLOS
¡Severo!

DON SEVERO
¡Carlos!

DON CARLOS
¡Por vida
de sanes! Abraza, abraza.
¿Cómo estás?

DON SEVERO
Como quien viene

a realizar la esperanza
de su dicha. ¿Y tú?

DON CARLOS
Más gordo
que un necio.

DON SEVERO
¿Y tu buen padre?

DON CARLOS
Anda
con el cachicán a vueltas;
ya vendrá. Qué ¿por Tomasa
no me preguntas? Muy tibio
traes el cariño.

DON SEVERO
Esperaba,
si te he de decir verdad,
que su vista me excusara
tal pregunta.

DON CARLOS
Pues no, amigo,
porque la pobre muchacha
no puede estar en dos partes.

DON SEVERO
¿Cómo?

DON CARLOS

Desde la semana
pasada está en el convento
donde niña se educara.
Quiso hacer una novena
a Santa Rita de Casia,
y fue fuerza darla gusto.

DON SEVERO

Y ¿qué le pide a esa santa
abogada de imposibles?

DON CARLOS

¿Qué sé yo? Pero apostara
a que pide un buen marido;
que una mujer no repara
en gollerías.

DON SEVERO

Según veo,
tú siempre el mismo humor gastas,
y a fe que bien te lo envidio.

DON CARLOS

¿Qué se ha de hacer? No se saca
otra cosa de esta vida.
Para eso el tuyo no cambia,
siempre serio y circunspecto.
¿No es verdad?

DON SEVERO

Si es que tú llamas
seriedad a no gustar
de juveniles borrascas,
ni de locos devaneos,
verdad es.

DON CARLOS

Hombre, ¡qué guapa
pareja hicieras con Flora!

DON SEVERO

¿Con quién?

DON CARLOS

Con Flora.

DON SEVERO

¿Esa dama
quién es?

DON CARLOS

Mi novia.

DON SEVERO

¡Tu novia!

DON CARLOS

La misma; pues qué, ¿mi hermana
sola ha de ser quien se case?

DON SEVERO

No por cierto, y si lograras
buena elección, bien hicieras.

DON CARLOS

¡Oh! Lo que es eso extremada,
pues la joven es preciosa.
No merezco descalzarla,
ya ves, y no soy del todo
mal pellejo.

DON SEVERO

Tú la ensalzas
sobremanera.

DON CARLOS

Es justicia.
Lo que es de la Iglesia al Papa,
y no más. En fin, tú pronto
podrás, si quieres, juzgarla,
que no está lejos.

DON SEVERO

¿Pues dónde?

DON CARLOS

La tienes dentro de casa.
Si es parienta nuestra, y tuya
lo será luego.

DON SEVERO

Ignoraba
que tal parienta tuvieses.

DON CARLOS

¡Jesús! Pues la fecha es rancia.
No te acuerdas de mi tío
don Sempronio de Peralta,
que siendo oidor de Sevilla,
pasó luego a la otra banda,
y allí murió?

DON SEVERO

No me acuerdo
de tal don Sempronio.

DON CARLOS

¡Vaya!
¿Con que no te acuerdas?

DON SEVERO

No.

DON CARLOS

Lo siento.

DON SEVERO

Haces muy mal.

DON CARLOS

Lástima,
como ella... morirse el pobre
apenas pasó la charca,
y antes de hacer pacotilla,
dejando sólo a su amada
Florita por dote un loro,
un coco vacío, dos cajas
de azúcar, cien apellidos,
y muchos miles de trampas.

DON SEVERO

¡Rica herencia de un indiano!

DON CARLOS

Pero padre que idolatra,
como buen navarro, a todos

sus parientes, pronto a casa
la trajo, donde dispuso
casarme con ella, y trata
de que mi boda y la tuya
se celebren juntas.

DON SEVERO

¡Cuánta
no debe ser tu alegría,
oh Carlos, con la fundada
esperanza de que pronto
harás feliz a tu amada!
Ella, sin duda, te quiere
y congenia, y...

DON CARLOS

Tú desbarras.
Ni ella me quiere, ni es fácil
el hallar en media España
dos genios más encontrados
que los nuestros.

DON SEVERO

¿Y te casas?

DON CARLOS

Sí.

DON SEVERO

Pero ¿tienes certeza
que no te quiere?

DON CARLOS

En mis barbas
ella misma me lo ha dicho.

DON SEVERO

¿Y te casas?

DON CARLOS

Sí.

DON SEVERO

¡Caramba,
y qué valor!

DON CARLOS

Si ha de ser,
lo mismo es hoy que mañana.
Padre exige que me case,
yo no tengo repugnancia
al estado...

DON SEVERO

Ya lo veo.

DON CARLOS

Además, he visto tantas
que me juraban cariño,
y entonces me la pegaban,
que ¿quién sabe si mi Flora
tendrá al fin, la extravagancia
de adorarme? Ella es mujer...
y yo soy hombre.

DON SEVERO

Mil gracias
por la noticia.

DON CARLOS

Pues mira,
en estas dos circunstancias
y con la ayuda del tiempo
fundo toda mi esperanza.
La posesión y el amor
riñen pronto, se separan,
y cuando más, la amistad
suele ser quien los reemplaza.
Así, supuesto que todos
tarde o temprano se igualan,
es fuerza que me concedas
llevo a todos la ventaja
de empezar por donde siempre
ellos concluyen.

DON SEVERO

¡Qué ganga!

DON CARLOS

Yo me caso como juego:
pienso perder cuantas cartas
apunto, las pierdo, ¡bueno!.

otra cosa no esperaba.
Pero si se dan los sietes
me trago banquero y banca;
que sólo soy jugador
de bonitas, y quien gana
con ellas, gana dos veces
si logra provecho y fama.

DON SEVERO

Si tal concepto tuviese
del bello sexo, me ahorcaba
primero que me casase.
Qué, ¿que yo mismo arriesgara
al capricho de un buen dado
mi dicha, la de mi casa,
la de mis hijos...? ¡Oh! Nunca,
nunca jamás me casara
si tal creyese. Yo busco
para mi esposa en tu hermana
una mujer cariñosa,
amable, fiel, moderada;
una madre de familia
en el cumplimiento exacta
de los inmensos deberes
de su estado; una apreciada
amiga, cuyo consejo
me dirija, y cuya sana
doctrina pueda servirme
de norte; por fin, una ama
de casa, que cuidadosa
sepa dar a tanta máquina
el impulso conveniente.
Esto busco.

DON CARLOS

Dime, ¿y si hallas
en vez del melón que buscas
una insulsa calabaza;
qué tal?

DON SEVERO

Se indigestaría.

DON CARLOS

Pues por si fuesen mal dadas
compra jarabe de altea,

y tenlo a mano.

DON SEVERO

¡Qué gracia!

DON CARLOS

Según eso: ¡tú no apruebas
mi elección!

DON SEVERO

¿Quién, yo aprobarla?
Ni por pienso.

DON CARLOS

Pues, Severo,
si supieras lo que falta...

DON SEVERO

Pero hombre ¿qué faltar puede?

DON CARLOS

No es tampoco una cosaza
del otro jueves; simplezas,
o si tú quieres niñadas
de mi novia.

DON SEVERO

Y bien, tu novia...

DON CARLOS

Mi novia está enamorada.

DON SEVERO

¿De ti?

DON CARLOS

No por cierto.

DON SEVERO

Alabo
la frescura.

DON CARLOS

¿Importa nada?

DON SEVERO

Nada, pues tú te conformas.

DON CARLOS

¿Y quieres que me asustara
de una simple niñería?
No por cierto. Flora estaba
por San Fermín en Pamplona...

DON SEVERO

¿Este año?

DON CARLOS

Sí, este año.

DON SEVERO

¡Calla!
Y yo también; sigue, sigue.

DON CARLOS

Allí en la calle, en la plaza
de toros, o en el paseo
(no sé bien dónde se hallaba),
pero lo cierto es que vió
un hombre, cuya bizarra
presencia, cuya finura
y porte la enamorara.
Desde entonces tan galán
Belianís no se separa
ni un instante de su idea,
y le ha jurado constancia
eterna, bien que mental,
y un si es o no es temeraria;
porque ni sabe su nombre,
ni su estado, ni su estancia,
ni su genio, ni siquiera
si él echó de ver la llama
amorosa que encendió
su simple vista en mi amada.

DON SEVERO

¡Extraño caso!

DON CARLOS

Antes no:
si no le habló una palabra,
en su vida ¿cómo diablos

puede saberlo?

DON SEVERO

Me pasma
semejante idolatría.

DON CARLOS

Y ahora bien, ¿es cosa extraña
no tema yo tal rival?

DON SEVERO

No es temible, mas repara
que este hecho, sin embargo,
siempre indica que exaltada
y novelesca tu Flora
es un poco estrafalaria.
¿En qué cabeza, di, Carlos,
que esté un poco organizada
puede caber tal amor?

DON CARLOS

En la de mi Flora se halla:
¡ha leído tanta novela!...

DON SEVERO

¡Malo!

DON CARLOS

¡Ah! No: me equivocaba.
Nunca gustó de novelas;
pero es muy aficionada
a los librotos de historia.

DON SEVERO

Eso es distinto.

DON CARLOS

Se pasa
las noches de claro en claro
leyendo a nuestro Mariana,
cuando no son los anales
de Tácito o la Farsalia.

DON SEVERO

¡Hola! ¿Pues sabrá latín?

DON CARLOS

¿Latín?

DON SEVERO

Pues.

DON CARLOS

Si sabrá, vaya
al menos el que sabían
las madres de Santa Clara
cuando estuvo en su convento.

DON SEVERO

¿Luego estuvo con Tomasa?

DON CARLOS

Precisamente. Si son
uña y carne.

DON FERMÍN

(Desde adentro.) ¿Carlos?

DON CARLOS

(Aparte.) ¡Gracias
a Dios, que ya no podía
mentir más! Mi padre llama,
y es fuerza ver lo que ordena:
mas ya sale.

Escena VI

DON FERMÍN, DON PEDRO y dichos.

DON SEVERO

Ya tardaba
a mi impaciencia, señor,
la hora tan afortunada
de estrecharos en mis brazos.

DON FERMÍN

Apriete usted, buena alhaja,
que bien tiene que apretar,
si a fuerza de brazos trata
de pagarme mi cuidado.

¿Es hoy lunes?

DON SEVERO

Mi tardanza
fuera en verdad reprensible,
a no ser involuntaria.

DON FERMÍN

Ya es usted buen perillán.
Anoche eran las diez dadas,
y espera que espera; sí,
no eran malas esperanzas.
El guisado se pegó,
y no es extraño, que estaba
cociendo desde las cinco;
hasta la maldita gata,
para entretener el hambre,
afianzó un capón, que daba
envidia; no hubo remedio,
todo lo llevó la trampa;
y gracias a las gallinas,
y a que jamás huevos faltan
en casa, porque si no
la cena fuera ensalada
muy fresca y muy picadita,
pero de endeble substancia
para estómagos navarros.

DON SEVERO

¡Cuánto me pesa!...

DON FERMÍN

Desgracias
como las de anoche, nunca,
nunca se vieron en casa.
La criada medio dormida
se cayó de la colada
en la caldera; allí estuvo
un cuarto de hora.

DON SEVERO

¡Muchacha
infeliz! Se cocería.

DON FERMÍN

No, porque estaba sin agua

casualmente, mas con todo
se tiznó manos y cara.

DON CARLOS

Y el susto también se cuenta.

DON PEDRO

Si en ello usted no se enfada,
dejarlo para otro día,
y sepamos por qué causa
este caballero pudo
detenerse.

DON SEVERO

Fueron faltas
de un criado, que no merecen
vuestra atención.

DON FERMÍN

¡Calla, calla!

Olvidado se me había:

¡pobre Gaspar! Con la zambra
de anoche está mi cabeza
como una cesta de ranas.

DON SEVERO

¿Conoce usted a Gaspar?

DON FERMÍN

El pobre cuitado acaba
de hablar conmigo.

DON SEVERO

¿Ha tenido
la osadía?...

DON FERMÍN

¿Es menester tanta
cuando se pide perdón?
Vaya, que vuelva a tu gracia,
y pelitos a la mar.

DON SEVERO

Yo quisiera que empleara
usted mejor mi obediencia.

DON FERMÍN

Si le he dado mi palabra,
¿no es fuerza que la cumpla?

DON SEVERO

Repare usted...

DON FERMÍN

No repara
en nada mi caridad.
Si al caído no se levanta,
sólo porque tropezar
no ha debido, ¿quién pasara
por las calles?

DON SEVERO

Yo no soy
de ese parecer. El que anda
debe saber cómo pisa,
y si tropieza, que caiga
enhorabuena; pues torpe
el equilibrio no guarda.

DON FERMÍN

¿Y no le he de dar la mano?

DON SEVERO

No, señor, que si trabaja
por levantarse; si suda
por lograrlo; si se afana,
esta fatiga, este empeño
dejan recuerdos que bastan
muchas veces para que
pueda evitar otras faltas
iguales; mas si al contrario
se le ayuda, y se le halaga,
lo toma por chiste, y cae
diez veces cada semana.

DON FERMÍN

Nunca entendí semejantes
filosofías. La cristiana
religión de mis abuelos
que ayude al caído me manda
y no más. ¿Es cierto?

DON PEDRO

Cierto.

La ley castiga las faltas,
y el hombre las compadece.

DON FERMÍN

Por supuesto.

DON SEVERO

(Aparte.) ¡Qué ignorancia!

DON FERMÍN

Así pues, con tu permiso
me marcho a que Gaspar salga
de dudas.

DON SEVERO

Perdone usted:

mi conducta es arreglada
a mis principios. Jamás
me separo de la raya
del deber; y por lo tanto
Gaspar saldrá de mi casa.

DON FERMÍN

¿Esto dices?

DON SEVERO

Esto digo.

DON FERMÍN

Pues amigo, quien desaira
antes de casarse al suegro,
casado le descalabra
cuando menos, y en verdad
que esta entrada de pavana
me gusta muy poco.

Escena VII

DOÑA TOMASA y dichos.

DOÑA TOMASA

Tío,

¿se echa vinagre a la salsa
del pato? ¡Ay, Jesús mil veces!

DON CARLOS
¿Qué te asusta?

DON FERMÍN
Alguna rata,
sin duda, que se pasea,
según costumbre.

DOÑA TOMASA
(A DON SEVERO.) ¿Me engaña
el deseo? ¿Sois vos, señor?

DON SEVERO
¿Y yo qué soy?

DOÑA TOMASA
Nada, nada.
Perdonad: mi fantasía
si... cuando... ¡el cielo me valga!

DON FERMÍN
Desmayose.

DON PEDRO
Sostenedla.

DON SEVERO
(Aparte.) No sé lo que por mí pasa.

DON FERMÍN
Don Severo, ¿qué es aquesto?

DON SEVERO
¿Yo qué sé?

DON FERMÍN
Si habrá entruchada.

DON PEDRO
Un poco de éter sería
muy bueno.

DON CARLOS

No tal, echadla
agua fresca solamente.

DON FERMÍN
Sí, que después calaguala
la daremos para el susto
que don Severo la causa.

DON SEVERO
Pero ¿en qué asustarla puedo?

DON PEDRO
Ya vuelve en sí.

DON CARLOS
Albricias, alma.

DON FERMÍN
Hija mía, digo, sobrina,
responde por Dios. Palabra,
(A DON PEDRO, aparte.)
¿cómo se llama hoy la chica?

DON PEDRO
Flora.

DON FERMÍN
¡Ah! Sí... Flora, muchacha,
vuelve en ti.

DOÑA TOMASA
¡Ay Dios!

DON FERMÍN
Don Severo,
si Flora en usted repara
quizá vuelva a desmayarse:
háganos usted la gracia
de separarse un poquito,
un poco más... a la espalda
de nuestro alcalde.

DON SEVERO
(Aparte.) Paciencia
y veamos en lo que para.

DOÑA TOMASA

¿Dónde estoy?

DON CARLOS

En el estrado.

DOÑA TOMASA

¿Quién son, pues, estos fantasmas
que me rodean?

DON CARLOS

Son tu tío,
un primo que te idolatra,
con el alcalde mayor;
y en fin, nuestro don...

DON FERMÍN

¡Carambas!
¿Qué es lo que vas a decir?

DON CARLOS

Es verdad.

DON FERMÍN

¿Quieres matarla?

DON SEVERO

(Aparte.) Pues señor, estamos frescos:
no hay duda que es de una extraña
brillantez el papelito
que represento en la casa.

DOÑA TOMASA

Permitid que me retire.

DON PEDRO

Sí, es mejor; Carlos, llevadla,
conducid a vuestra prima.

DON FERMÍN

Que se eche sobre la cama
si no quiere desnudarse.

DON PEDRO

Cuidado con las ventanas
y las puertas.

DON CARLOS

Vamos, prima.

DON PEDRO

Cubridla bien con las mantas.

Escena VIII

DON SEVERO, DON FERMÍN y DON CARLOS.

DON FERMÍN

¡Pobre Flora, pobre Flora!
Tan joven, tan desgraciada.
¡Señor! Cuidado que es obra.

DON PEDRO

Sosegaos.

DON FERMÍN

Se me traspasa
el corazón siempre que
sucede.

DON SEVERO

Pues ¿se desmaya
muy a menudo?

DON PEDRO

Padece
unos vapores...

DON FERMÍN

¡Mal hayan
los vapores! Nunca, nunca
he conocido en mi infancia
semejante enfermedad:
entonces sólo se usaban
indigestiones, viruelas,
golondrinos, almorranas,
y otros males conocidos;
pero ahora todo es de extranjía:
histérico, nervios, bilis,
flato ardiente y calabazas

fritas, y Dios me perdone;
porque me lleva la trampa,
notando que hasta el morirse
ha de ser a uso de Francia.

DON PEDRO

Es preciso seamos justos.
Una joven educada,
como se acostumbra hoy día,
es fuerza padezca varias
dolencias desconocidas
a sus madres, que ignoraban
por necesidad sus nombres;
verbigracia: una extremada
afición a la lectura,
muchas veces arrebatada
el calor a la cabeza,
y de ahí se siguen las bascas,
las jaquecas, los vapores,
y otros alifafes.

DON FERMÍN

¡Brava
dificultad! ¿Pues hay más
que no leer?

DON PEDRO

Señor ¿qué dama
pudiera alternar entonces
en cuestiones literarias,
como hoy alternan?

DON FERMÍN

¿Qué importa?
Mi madre, que de Dios haya,
aunque no supo de letras,
siempre estuvo embarazada
o parida; y es, amigo,
lo que ser madre se llama.

DON PEDRO

¿Y quién puede disputar
a mi señora doña Ana
lo que ganar así supo?

DON FERMÍN

Además, ¿qué fruto sacan

con todas esas lecturas?

DON SEVERO

Poco o nada, si son malas;
si son buenas y escogidas
mucho; pues hallarán sana
doctrina, máximas puras,
ejemplos, modelos, sabias
instrucciones...

DON FERMÍN

Y también
embelecocos y patrañas.

DON SEVERO

Conque ¿no hallará una joven,
si lee la historia romana,
que aprender en la firmeza
de una Porcia, en la constancia
de una Lucrecia?

DON FERMÍN

Hombre, a luengas
tierras las mentiras largas.
Esas Porcias y Lucrecias,
si de cerca se miraran
se vieran, ni más ni menos,
como se ven hoy las Juanas,
las Pepas y las Franciscas.
En todo tiempo hubo gaitas,
Severo, y no nos cansemos.

DON SEVERO

Eso es ya negar...

DON FERMÍN

Yo nada
niego; mas sí dudo.

DON SEVERO

Pero...

Escena IX

COLASA y dichos.

COLASA

La cena.

DON FERMÍN

¡Santa palabra!

¿Y Flora?

COLASA

Cena en su cuarto.

DON FERMÍN

¿Y Carlos?

COLASA

Está en la sala

de comer.

DON FERMÍN

(A DON SEVERO.) Y diga usted

¿doña Lucrecia cenaba?

DON SEVERO

Es natural.

DON FERMÍN

Pues entonces,

cenemos todos, que tarda

a mi estómago este instante.

DON SEVERO

¡Ay, don Fermín! Me olvidaba

de entregaros un dinero,

que me dieron en Tafalla

para vos.

DON FERMÍN

Ya me lo avisa

don Jaime: tiempo hay mañana.

DON SEVERO

Aquí lo tengo yo en oro.

DON FERMÍN

Pues no quiero: ¡hay tal machaca!

vamos, vamos a cenar.

DON SEVERO

Vamos pues, ¡cosa más rara!
¿Por qué se habrá desmayado?
No puedo dar con la causa.

ACTO TERCERO

Escena I

DOÑA TOMASA y COLASA.

DOÑA TOMASA

¡Qué larguísima es la cena!

COLASA

Y ¿cuándo el tiempo no tarda
para el hambriento que aguarda?

DOÑA TOMASA

La consecuencia no es buena;
pues tú sabes que he cenado.

COLASA

Pero os queda el apetito
de que caiga en el garlito
ese novio desdichado.

DOÑA TOMASA

Dime, Colasa, por Dios,
¿le encontraste muy galán?
¿Es bizarro?

COLASA

¡Lindo afán!
Ahora es galán para vos,
mas no sé lo que será
cuando os santifique el cura.

DOÑA TOMASA

Gala que tan poco dura
muy mala espina me da.

Sin embargo, te confieso
que me ha parecido bien.

COLASA

Si viene a casarse, ¿quién
puede, señora, hablar de eso?
Pues los hombres más tranquilos
son parecidos al paño,
y mientras no pasa un año
nunca descubren los hilos.

DOÑA TOMASA

Lo mismo de una doncella
dirán con distintos modos.

COLASA

Dicen que es Fénix, y todos
hablan bien sin conocella.
Sólo un diestro cazador
la ve en sus redes cogida,
mas no temáis que en su vida
disminuye su valor.
Que aquél que suda y se afana
por coger una nuez verde,
trabajo y mérito pierde,
si confiesa que está vana.
Pero hablando de otra cosa
¿qué esperáis, señora, aquí?
¿Queréis serviros de mí?

DOÑA TOMASA

Antes no, siendo forzosa
necesidad que te alejes
luego que sintamos ruido;
y si acaso es mi querido
Severo, sola me dejes.

COLASA

¿Tenéis, pues, que hablar con él?

DOÑA TOMASA

Mucho tengo que decir.

COLASA

¿Y qué?

DOÑA TOMASA
Voyle a descubrir
un secreto.

COLASA
Conque infiel
hollando promesa y fe
¿vais a decir la verdad?

DOÑA TOMASA
¡Jesús, y qué necedad!
Cuando me case lo haré;
porque antes muy mal hiciera,
y ninguno se casara
si una mujer encontrara,
que la verdad le dijera.
Ahora esta conversación
sólo a esforzar nuestro enredo
se dirige.

COLASA
Tengo miedo
que como los hombres son
ladinos y redomados,
no descubra la maraña.

DOÑA TOMASA
¡Ay Colasa! Les engaña
su amor propio a los cuitados.
Este sexo protector
convierte todo en sustancia;
no temo su vigilancia,
temo más bien su rencor:
porque el orgullo ofendido
perdona muy rara vez.

COLASA
Marido con altivez
no puede ser buen marido.

DOÑA TOMASA
¿Y a quién tal cosa acomoda?
Por eso y por mi sosiego
tomo cartas en un juego
en que arriesgo amor y boda.

COLASA

No temáis ya, que por vos
con toditas las mujeres
está Amor.

DOÑA TOMASA

¿Y entonces quieres
que tema?

COLASA

Señora, adiós,
pues siento abrir la mampara.

DOÑA TOMASA

Adiós, pues, y el cielo quiera
que esta mentira primera
no se conozca en mi cara.

Escena II

DOÑA TOMASA, sola.

DOÑA TOMASA

Quiero sentarme y tomar
una postura elegante,
compañera de un semblante,
que demuestre mi pesar.
Apóyese la mejilla
en la mano; el pie pulido
descanse como al descuido
en el palo de esta silla.
Mis ojos lánguidos, bellos,
respiren amor y enojos,
y encubran tan tristes ojos
mis desgreñados cabellos.
¡Ay! Si un espejo tuviera
no era dudoso el efecto,
que un amigo tan perfecto
ni engañara ni mintiera;
mas si el destino cruel
me priva de tal consejo,
sea el interés mi espejo,
que otros se miran en él
y les sale bien la cuenta.

¿Por qué no ha de ser así
con mi engaño? Ya está aquí:
quiera Dios no me arrepienta.

Escena III

DON SEVERO y dicha.

DON SEVERO

Vaya, ¡y qué pesados son!
Tanto beber y brindar,
y después vuelta a empezar
la eterna conversación
del abuelo don Rodrigo,
y del tío don Sempronio:
parentela del demonio,
¿queréis acabar conmigo?
Yo pienso que hasta mañana
permanecen en la mesa
según su ninguna priesa.
¡Buen provecho! A la ventana
me voy a tomar el fresco
y a fe que lo necesito,
pues este vino maldito
de Peralta, es un refresco
singular para verano.
¡Si quema más que la lumbre!
Como no tengo costumbre
de beber, y este inhumano
suegro quiso que bebiese
como ellos beben, a estajo,
no extrañaré que un trabajo
esta noche sucediese.

DOÑA TOMASA

¡Ay Dios!

DON SEVERO

Se quejan, suspiran.
¿Quién, pues?... Mas, cielos ¡qué veo!
¿es ilusión del deseo
la que mis ojos admiran?
¿Sois vos, graciosa Florita?

DOÑA TOMASA

Sí, señor, la misma soy.

DON SEVERO

Mil gracias al cielo doy,
pues tan bella os resucita.

DOÑA TOMASA

¡Lisonjas a mí, señor!
Pienso que os equivocáis.

DON SEVERO

No sé por qué lo digáis.

DOÑA TOMASA

Dígolo, porque mejor
se emplearán en mi prima.

DON SEVERO

¿En quién?

DON SEVERO

En doña Tomasa,
que aunque está fuera de casa,
y no os conoce, os estima.

DON SEVERO

El amar sin conocer,
no es fácil de concebir;
porque si amar es sentir,
¿cómo se siente sin ver?

DOÑA TOMASA

Gusta el veros de un humor
tan grato y tan placentero;
y sacar partido quiero.

DON SEVERO

¿Cómo?

DOÑA TOMASA

Pidiendo un favor
que espero no me neguéis.

DON SEVERO

Disponed, Florita hermosa,

de mi ser.

DOÑA TOMASA

Es corta cosa;
tan sólo que me escuchéis.
Temo, caballero,
que os ha de cansar
mi triste relato,
pero pues que ya
fui tan infelice
que disimular
no supe esta tarde,
por Dios perdonad,
y sabedlo todo,
porque mi pesar
ha llegado al punto
en que es fuerza optar
entre odio y desprecio;
y en apuro tal,
del odio prefiero
experimentar
la herida dudosa
y no la mortal
con que los desprecios
matan sin chistar.
Bien sé que mi tío,
lleno de bondad,
habrá disculpado
a mi ceguedad.
También os diría,
que una enfermedad
es sólo la causa
de todo mi mal.
¡Donosa bobada
de un viejo que ya
olvidado tiene
qué cosa es amar!
¡Ay! No ha mucho tiempo
que mi mocedad
alegre ignoraba
del ciego sagaz
los fieros ardides,
la impune maldad.
Pensaba yo entonces
que ni el bien ni el mal
pudieran un día

turbar mi orfandad;
gozosa burlaba
en mi oscuridad
los títulos vanos,
las honras que dan
orgullo a los ricos,
al triste, pesar.
¡Dichosa mil veces,
si tanta humildad
con tanta ventura
pudiese durar!
Mas no, que huyó luego
mi felicidad,
luego que la flecha
sentí del rapaz.
¡Mal haya este instante
para mí fatal!
Pues perdí la dicha,
y hallé en su lugar
dudas, sinsabores,
envidia falaz,
y celos, y celos
que son el dogal
que al enamorado
incomoda más.
Esta digresión,
señor, perdonad,
que una amante lengua
no sabe callar;
y vamos al caso.
Siete meses ha
que estuve en la feria,
allá en la ciudad,
por la temporada
en que todos van
los buenos navarros
digo, a celebrar,
comiendo y bebiendo,
la festividad
del santo Patrono.
Allí, cuando más
descuidada estaba,
vi cierto galán.
Ignoro quién sea,
que una principal
mujer, por recato

no puede saciar,
como otras mujeres
su curiosidad.
Pero sea quien fuere
yo no puedo amar
sino a aquel que supo
con sólo mirar,
fijar mi inconstante
grata veleidad.
Volvime a la aldea
creyendo encontrar
en ella el sosiego
que huyó en la ciudad.
¡Insensata, cuánto
me pude engañar!
¿Sosiego un amante?
Más fácil es dar
constancia a la suerte,
límites al mar.
Si al menos pudiera,
en la soledad
del bosque sombrío,
quejarme y llorar;
si no me inquietasen,
no fuera yo tan
desafortunada;
pero por mi mal
se empeña mi tío
que me he de casar
con mi primo Carlos,
a quien yo jamás
podré hacerle dueño
de una voluntad
que está enajenada
y es mala de dar.
En vano les dije
toda la verdad;
en balde eché mano
de la seriedad,
del desdén severo,
del odio mortal,
de cuantos afectos
pueden demostrar
mi acerbo disgusto,
y su necedad.
Todo ha sido en vano,

y contrarrestar
la razón no puede
a su terquedad.
Mi boda y la vuestra
se han de celebrar
en un mismo día.
Yo no os digo más.
Si sois caballero,
si sabéis amar,
vuestra cortesía
puede adivinar
lo que yo no digo;
y reflexionad
que el que es bien nacido
obra como tal,
y en nada lo prueba
más que en respetar
la flaca modestia.
Don Severo, obrad
no por lo que dije,
sí porque callar
debí, y porque os toca
a vos lo demás.

DON SEVERO

Lo que ahora llevo a entender
no sé si deba dudar.

DOÑA TOMASA

Será porque el desconfiar
acompaña al merecer.
Mas no perdamos, señor,
nuestro tiempo en platicar,
¿puedo tranquila contar
con vuestro auxilio y favor?
Al menos por compasión,
ya que otra cosa no sea,
a esta unión que se desea,
a esta aborrecida unión
¿os opondréis?

DON SEVERO

Sí, mi bien,
o quien soy no seré yo.

DOÑA TOMASA

¿Y lo prometéis?

DON SEVERO

¿Pues no?

DOÑA TOMASA

¿Y lo juraréis también?

DON SEVERO

Pongo al cielo por testigo,
y lo juro a vuestros pies.

Escena IV

DON CARLOS y dichos.

DON CARLOS

Pues ese juramento es
más de amante que de amigo.

DOÑA TOMASA

Señor don Carlos, si en daño
tan vuestro escuchasteis necio,
agradeced un desprecio
que os produce un desengaño.
La ley castiga al sujeto
que robar lo ajeno trata,
y el amor al que arrebató,
la posesión de un secreto.
Culpad vuestra necedad
que aquí tan mal os sirvió,
y no os quejéis porque yo
siempre os dije la verdad.
Aunque vos una corona
me pusierais a los pies,
no la admitiera, pues es
vuestro amigo el de Pamplona.
Y pues ya tuve el consuelo
de ver lo que apetecía,
voy a gozar mi alegría
a solas. Guárdeos el cielo.

Escena V

DON SEVERO y DON CARLOS.

DON CARLOS

Hombre vil, mal caballero,
falso amigo, humana fiera,
engañoso cocodrilo,
o venenosa culebra
que abrigó mi triste pecho,
di, vascongada pantera,
por casualidad nacida
entre los montes de Azpeitia...

DON SEVERO

Carlos, calla, ¿estás borracho,
o has perdido la cabeza?
No añadas más disparates
a tamañas desvergüenzas.
Qué, para que yo responda
a cuanto preguntar quieras,
¿necesitas echar mano
de esas palabras groseras,
que sólo mala crianza
o poca razón demuestran?
¿Qué quieres, pues, que te diga?

DON CARLOS

Nada ya, porque tu lengua
no puede decirme más
de lo que sé.

DON SEVERO

Pues bien, cesa,
cesa ya tales injurias,
y el partido que convenga
mejor a tu situación
toma.

DON CARLOS

Mi intención es ésa.
Y pues el uso establece
entre hombres de nuestras prendas
sólo un medio de borrar
todo género de ofensas,
ése escojo.

DON SEVERO

Di cuál es.

DON CARLOS

Que conmigo al campo vengas.

DON SEVERO

Pues ¿a qué?

DON CARLOS

A satisfacerme.

DON SEVERO

¿Cómo?

DON CARLOS

Quedando uno en tierra.

DON SEVERO

¡Bueno! Pero no sabía
que romperme la cabeza
pudiera satisfacerte.

DON CARLOS

¿Qué quieres? Así lo ordena
el que llamamos honor.

DON SEVERO

¿Qué derechos se reservan
entonces las santas leyes?

DON CARLOS

En semejantes materias
la opinión y la costumbre
deciden.

DON SEVERO

Pero el que piensa
con madurez, el que trata
de seguir siempre la senda
del deber y la virtud,
debe transigir con ellas.

DON CARLOS

Si se complace en la infamia,

que transija enhorabuena.

DON SEVERO

¿En la infamia?

DON CARLOS

Pues, ¿y cómo
se puede llamar la befa,
el desprecio, los baldones,
que a los prudentes esperan
en premio de su conducta?

DON SEVERO

Les sobra con su conciencia.

DON CARLOS

Muy bien defiendes tu causa.

DON SEVERO

¿Es confesión o indirecta?

DON CARLOS

Como quieras entenderlo,
pero permite que crea
que ese tono magistral,
esa estudiada elocuencia,
y una cierta timidez
que a pesar tuyo se muestra,
dan a entender...

DON SEVERO

¿Qué?

DON CARLOS

Tan sólo
que es más miedo que prudencia.

DON SEVERO

¿Volvemos a los insultos?

DON CARLOS

Al contrario: a mí me alegra
infinito que a tu Flora
se le ofrezca tan risueña
perspectiva. Un sempiterno
marido con la moderna

cualidad de no gustar
de lances ni de quimeras,
es un fortunón desecho.

DON SEVERO

¿Callas?

DON CARLOS

¿Hay toros de cuerda
en tu lugar? Si los hay
no asistas, porque se llevan
a veces sendos porrazos.

DON SEVERO

(Aparte.) Ya me falta la paciencia.

DON CARLOS

Y siempre es mucho mejor
morir de gota serena.

DON SEVERO

Hablador de Barrabás,
lo que buscas es pendencia,
y la tendrás porque calles.

DON CARLOS

¿Cuándo ha de ser?

DON SEVERO

Cuando quieras.

DON CARLOS

Pues ahora mismo.

DON SEVERO

Ahora mismo.

DON CARLOS

¿Tienes padrino?

DON SEVERO

¿Tú sueñas?
¡Padrino! Pues ¿quién se casa,
o se bautiza, o se vela?

DON CARLOS

El ceremonial exige
la indispensable presencia
de dos amigos, que juzguen
si ambos se matan en regla.

DON SEVERO

Yo aquí no conozco a nadie.

DON CARLOS

Muy bien, y pase por ésta.
¿Vamos?

DON SEVERO

Vamos.

DON CARLOS

Oyes, baja
poco a poco la escalera,
que yo voy por las pistolas.

DON SEVERO

Cuidado no te detengas.
(Aparte.) Bueno es que un loco me obligue
a hollar por la vez primera
(Yéndose.) mis principios. ¡Qué remedio
tiene! Y ¿quién tiene paciencia
para sufrir sin motivo
dicterios, insultos, befas
y provocaciones? Vaya,
ya no extraño que sucedan
dos mil lances cada día,
y que un hombre de prudencia
sin gustar de espadachines,
muchas veces lo parezca.

Escena VI

DON CARLOS, DON FERMÍN, COLASA, DOÑA TOMASA y DON PEDRO.

DON CARLOS

Señores, oíd, escuchad
al rey de armas.

COLASA

¿Qué me ordena?

DON FERMÍN

¿Qué quieres?

DON CARLOS

Sólo deciros

en dos palabras y media,
que gracias a mis ardides,
y a su ninguna experiencia,
tenemos ya al señor mío
cogido en la ratonera;
que vamos desafiados,
que las pistolas no llevan
sino pólvora, que así
es probable que no muera
ninguno, que arrepentidos
de nuestra injusta pendencia,
juraremos olvidarla;
y yo lleno de terneza
a mi Flora cederé,
y mis derechos con ella;
pero como siempre es bueno
que nada de esto lo sepan
ustedes por disimulo,
iré, que quiera o no quiera,
a pasar toda la noche
al garito de la Pepa.
El fastidio, la ocasión,
y cierta condescendencia
que se debe a los extraños,
harán que juegue, y que pierda
el poco o mucho dinero
que lleve en la faltriquera;
y aburrido y descontento
lo traeré cuanto amezca
a que ustedes, padres graves,
pongan fin a la comedia.

Escena VII

DON FERMÍN, DON PEDRO, COLASA y DOÑA TOMASA.

DON FERMÍN

Carlos, mira, escucha, aguarda.

COLASA

Sí, llame usted a otra puerta,
que según va no le alcanza
una bala de escopeta.

DON FERMÍN

¡Válgame Dios con el chico!

DON PEDRO

¿Cuál era la intención vuestra
en detenerlo?

DON FERMÍN

No sé.
Estas armas me revientan,
que al fin el diablo las carga.

DON PEDRO

Déjese usted de simplezas.
¿No las ha visto cargar?

DON FERMÍN

Sí; pero...

DON PEDRO

¿Pero qué?

DON FERMÍN

¡Buena
pregunta! Al fin son pistolas.

DON PEDRO

Buenas noches.

DON FERMÍN

Qué ¿nos deja
usted?

DON PEDRO

Pues ¿hay que velar
algún enfermo?

DON FERMÍN

Quisiera

saber en lo que paraba.

DON PEDRO

Amigo, larga la lleva
usted entonces; porque
ahora son las diez y media
y hasta las siete lo menos...

DON FERMÍN

Según eso, me aconseja
usted me desnude.

DON PEDRO

Y que
duerma usted a pierna suelta.
Fuera lo demás locura.

DON FERMÍN

No sé si podré.

DON PEDRO

Agur.

DON FERMÍN

Ea,
hasta mañana temprano,
¿no es verdad?

DON PEDRO

Sin duda.

DON FERMÍN

Buenas
noches. Nicolasa, alumbra
al señor...
(A TOMASA.) Tú ¿no te acuestas?

DOÑA TOMASA

¿Por qué no?

DON FERMÍN

Como es tu novio.

DOÑA TOMASA

¿Qué importa para que duerma?
Demasiado velaré

luego que ya no lo sea;
porque entonces los cuidados,
ya ve usted, siempre desvelan.

DON FERMÍN

Tienes razón, hija mía,
duerme bien, y toma fuerzas
para sufrir los cuidados
que, según dices, te esperan.

ACTO CUARTO

Escena I

DON SEVERO y DON CARLOS.

DON CARLOS

¿Y quién pudiera prever
que te cegaras, maldito?

DON SEVERO

Todo el que entra en un garito
ha de jugar y perder.
Así nada es de extrañar
que yo jugara y perdiera;
lo que sí me desespera,
es me dejase arrastrar
por un loco como tú
a esa lóbrega mansión.

DON CARLOS

Es casa de diversión.

DON SEVERO

Es casa de Belcebú.

DON CARLOS

¿Aún la cólera te dura?
¿Qué viste tan malo allí
que así te alterara?

DON SEVERO

Vi

un infierno en miniatura,
y no merece otro nombre,
porque se deja al entrar
cuanto puede recordar
los privilegios del hombre.
En un ahumado aposento,
anegado en porquería,
he visto en un solo día
lo que no pudiera en ciento.
Sobre una mesa o bufete
allí un mandil se descubre,
que más empuerca que encubre,
y al que se llama tapete.
Yace encima un mal velón
moribundo, desdichado,
quien, a pesar de su estado,
manifestó la intención
que de alumbrarnos tenía;
mas le faltó un requisito,
y fue el aceite maldito,
que estaba en Andalucía.
Pues de esta mesa en redor,
y por tal luz alumbrados,
encontramos ya sentados,
esperando un redentor,
a una porción de estafermos,
que por ser desaliñados,
flacos, puercos y estropeados,
me parecieron enfermos.
Pero ¡ay Dios y qué sudores
tuve! ¡Qué susto me diste
cuando al oído me dijiste:
éstos son los jugadores!
Luego descubrí al banquero
fumando su cigarrito,
manejando aquel librito,
o recogiendo dinero.
A bosquejar no me atrevo
ni sus dedos ni sus uñas,
no se quejan las garduñas,
o chille un cristiano nuevo;
pero añadiré sencillo,
que si le encuentro en la calle,
en lugar de saludalle
le doy mi capa y bolsillo.
¡Qué juramentos! ¡Qué horrores!

¡Qué reniegos! ¡Qué porvidas!
Y otras voces conocidas
tan sólo entre jugadores.
Acá gana una judía,
allí las sotas se dan,
piérdese un buen ganarán
o quiebra contrajudía.
Allí sin soga se amarra,
se apunta sin escopeta,
sin necesidad se aprieta,
se mata sin cimitarra;
también se entierra sin ser
doctor ni sepulturero,
y en fin, se pierde el dinero
sin oír, sin hablar, sin ver.
Estos, amiguito, son
los primores que sin tasa
se encuentran en esa casa
que llamas de diversión.

Y no siento, ciertamente,
haber jugado y perdido,
sino el haber conocido
pocilga tan indecente.

DON CARLOS

Es verdad; pero disculpa
tengo, y sabes que el entrar
fue sólo disimular.

DON SEVERO

No: tú no tienes la culpa;
bien lo sé. La culpa es mía,
mi confesión es bien clara,
y obré anoche, cual obrara
un chico de escuela pía.
Si yo hubiera despreciado
tus bravatas, si me río
y no admito el desafío,
todo estaba remediado.
El deber y la amistad
me lo mandaban así,
y aunque yo lo conocí
me cegó la vanidad.
Luego, ya se ve, quisimos
disimular este error,

cometiendo otro mayor.
¿Y qué es lo que conseguimos?
Pasar una noche entera
mezclados con gariteros,
malgastar nuestros dineros,
y perder la lisonjera
opinión de la honradez.

DON CARLOS
¿Y quién saberlo podrá?

DON SEVERO
La conciencia.

DON CARLOS
Callará.

DON SEVERO
¿Calla jamás este juez?

DON CARLOS
Vamos, vamos, ten paciencia,
que según voy entendiendo,
aún están todos durmiendo
en casa; y por consecuencia
nuestra falta no han notado.

DON SEVERO
¿Y los criados?

DON CARLOS
¿Presumir
quieres que lo han de decir?

DON SEVERO
Un secreto en un criado
se indigesta luego, luego.

DON CARLOS
Es que yo les prevendré
que callen.

DON SEVERO
Peor.

DON CARLOS

¿Y por qué?

DON SEVERO

Porque pierdes criado y ruego.
Depender del dependiente,
es trocar los frenos, Carlos;
y quien llega a equivocarlos
no deshace fácilmente
tamaña equivocación,
lográndose de este modo
que uno pierda su acomodo,
y el otro su estimación.

DON CARLOS

No importa, voyles a hablar.

DON SEVERO

¿Al fin te decides?

DON CARLOS

Sí.

DON SEVERO

Haz lo que quieras, y di,
pues vas adentro, a Gaspar,
que venga sin dilación.

DON CARLOS

¿Tienes algo que mandarle?

DON SEVERO

Sí: se me ha ocurrido enviarle
a casa.

DON CARLOS

Una comisión
para el viejo, ¿eh?

DON SEVERO

Pues.

DON CARLOS

Ya estoy;
quizá será por dinero.

DON SEVERO

Hombre, no seas majadero:
anda si quieres.

DON CARLOS

Voy, voy.

Escena II

DON SEVERO, solo.

DON SEVERO

¡Ya mi paciencia se apura!
No existe mayor tormento
que estar uno descontento
de sí mismo. ¡Qué locura
la de anoche, y qué vileza
al mismo tiempo! ¡Qué! ¿Es dable
que jugador miserable,
perdiera yo la cabeza,
hasta el punto de jugar
dinero que no era mío?
Y después de un desafío...
¡Y después de enamorar
la novia de quien me debe
su primera educación!...
Pues, señor, en conclusión,
soy un pícaro, un aleve.
¿Y era yo quien presumía
no tener ningún defecto?
¿Era yo el hombre perfecto?
Y al primer tapón... Daría
cuanto tengo y tener puedo
por morirme ahora, ahora...
pero ¡es tan linda esta Flora!
¿Y quién sabe si por miedo
hubieran todos tenido
mi prudencia?... A nadie agrada
pasar por cobarde... y nada
más simple que enfurecido,
cuando Carlos me injurió,
me acordase que primero
he nacido caballero
que no su amigo... pues no,
no he sido tan delincuente;

y cuanto más reflexiono
encuentro más en mi abono.
Si Gaspar va diligente,
y vuelve con el dinero,
antes que este don Fermín
me lo pida, ya por fin
del mal el menos. Yo quiero
suponer por un momento
que se ignore lo ocurrido:
entonces nada hay perdido.
Pues bien, tomemos aliento,
que quizá no se sabrá,
y siempre que en adelante
viva más cauto, es constante
que el mundo me apreciará
como me apreció hasta aquí.
Bien dice Carlos, que soy
muy tímido: así desde hoy
he de ser lo que antes fui.

Escena III

DON SEVERO y GASPAR.

DON SEVERO
¿Gaspar?

GASPAR
Señor, os confieso
que yo he sido un mandarín,
un borracho, un puerco espín.

DON SEVERO
Vamos, no hablemos ya de eso;
si la primera impresión
de una culpa nos altera,
luego la hacen más ligera
el tiempo y la reflexión.
Así que ya no me irrita
lo que ayer juzgué gran culpa.

GASPAR
(Aparte.) Cuando mi amo me disculpa
sin duda me necesita.

DON SEVERO

Siempre fiel te he conocido,
servicial, de buen humor.

GASPAR

(Aparte.) ¡Ay! ¿Qué me alaba, señor?
¿Qué es lo que habrá sucedido?

DON SEVERO

Y darte una prueba quiero,
Gaspar, de mi estimación,
enviándote en comisión
a casa.

GASPAR

Por...

DON SEVERO

Por dinero.

GASPAR

¡Ya!

DON SEVERO

A mi padre has de decir
algún cuento, una ficción,
que perdí por distracción
la bolsa, que...

GASPAR

Eso es mentir.

DON SEVERO

Mentir no, que en realidad
para dañar no conspira.

GASPAR

Ello no será mentira,
mas no es decir la verdad.

DON SEVERO

Conque ¿no quieres?

GASPAR

Querré

si usted lo toma a su cuenta.

DON SEVERO

Tu escrúpulo me revienta.
Sí tomo.

GASPAR

Pues mentiré.

DON SEVERO

Le dirás que en Villafranca
me ha sucedido un fracaso...
cualquier cosa, porque el caso
es que no tengo una blanca;
pero por Dios te suplico
que vayas y vuelvas pronto.

GASPAR

¡Toma! ¿Pues soy algún tonto?
Voy a ensillar el borrico
de don Fermín.

DON SEVERO

¿Estás loco?
¿En borrico?... Dame risa.
Si esto llamas ir aprisa,
¿qué será tu poco a poco?
No, señor, has de alquilar
la mejor mula de paso,
y día y noche (éste es el caso)
has de andar sin descansar.
¿Lo entiendes?GASPAR
Sí que lo entiendo.

DON SEVERO

Pues bien, marcha a prevenir
mula y alforja.

GASPAR

¿Y me he de ir
sin carta de usted?

DON SEVERO

Corriendo
voy a escribir una esquila
para padre, que razón

tienes.

GASPAR

Pues, señor, alón.

DON SEVERO

Oyes, no olvides la espuela.

Escena IV

DON SEVERO, solo.

DON SEVERO

¡Cuánto cuesta el enmendar
un error! Si se supiera,
más fácil mil veces fuera
obrar bien, que no faltar.
Y aunque nuestro orgullo es ciego,
el desengaño no es mudo,
por eso lo que no pudo
el crimen, lo pudo luego,
la vergüenza de que clara
se descubra su fealdad.
¡Qué compasión en verdad
merece el que se separa
de la línea del deber!
¡Infeliz! Harto le cuesta,
y el tiempo me manifiesta
lo que no supe entender,
cuando venturoso el nombre
ignoraba del disgusto;
mas ¡ay!, que siempre fue injusto,
si fue venturoso el hombre.

Escena V

DON PEDRO y dicho.

DON PEDRO

¡Cuánto agradezco a mi estrella,
don Severo, el encontraros
solo!

DON SEVERO

¡Hola, señor don Pedro!
¿Levantado tan temprano?

DON PEDRO

¡Ay, amigo de mi vida!
Siempre madruga un cuidado.

DON SEVERO

Es verdad.

DON PEDRO

Y por desgracia
yo me encuentro hoy en el caso
de necesitar consejos,
de reclamar los sagrados
derechos de la amistad.

DON SEVERO

Pues ¿cómo?

DON PEDRO

Solos estamos,
supongo.

DON SEVERO

Sí.

DON PEDRO

Es que sintiera
que pudieran escucharnos,
y después...

DON SEVERO

No tema usted,
pues aún no se ha levantado
don Fermín, y la familia
anda en sus quehaceres.

DON PEDRO

¡Bravo!
Nada entonces me detiene.

DON SEVERO

(Aparte.) ¿Qué será esto?

DON PEDRO

Amigo, me hallo
en un fiero compromiso.

DON SEVERO

¿Y puedo servir de algo,
señor don Pedro?

DON PEDRO

Sí tal,
me podéis servir de tanto,
que solamente confío,
para salir del barranco
en que estoy, en vuestro celo
en la amistad, en el raro
y prodigioso talento
que os adorna.

DON SEVERO

Demasiado
me honráis vos, amigo mío,
y os suplico, que dejando
esos elogios, digáis
en qué tan afortunado
podré ser, que útil os sea.

DON PEDRO

Pero siempre es necesario
establecer los motivos
que me impelen a buscaros.
De otro modo os sorprendiera,
sin duda, que entre los varios
amigos que tengo, os busque
y prefiera siendo el lazo
que nos une tan reciente;
y esto fuera muy extraño
a no mediar lo que media.
Mas, amigo, vamos claros,
nunca se repara en fechas
cuando se necesita.

DON SEVERO

Hartos
ejemplos pueden citarse
de esta verdad.

DON PEDRO

Yo ahora trato
de buscar un hombre serio,
justo, desinteresado,
imparcial, fiel, venturoso,
y éste sois vos.

DON SEVERO

(Aparte.) El retrato
no es del todo parecido.

DON PEDRO

Son luces de usted; sus vastos
conocimientos, sus rectos
principios, y su exaltado
amor a la virtud, pueden
asegurarme que el sano
consejo que necesito,
estará exento de humanos
intereses, de pasiones
y de esos afectos bajos,
que dirigen comúnmente
los que damos y tomamos.

DON SEVERO

En lo que alcanzan mis luces,
señor don Pedro...

DON PEDRO

Bien. Paso
al asunto. Yo me encuentro,
como juez y magistrado,
en la dura alternativa,
en el caso triste y raro
de tener que atropellar
un amigo, o los sagrados
derechos de un ministerio
terrible, mas necesario.

DON SEVERO

¿Y este amigo ha delinquido?

DON PEDRO

La ley le condena.

DON SEVERO

¿El caso
os parece tan difícil?

DON PEDRO

Sí me parece; pues varios
incidentes favorecen
y escudan su atropellado
arrojo. Luego, es mi amigo,
nos tratamos como hermanos
ambas familias, y es fuerte
cosa verse precisado...

DON SEVERO

Pero la ley.

DON PEDRO

En cuanto a eso
no puede disimularlo:
le coge de medio a medio.

DON SEVERO

Pues, señor, un magistrado
no debe entonces dudar:
y es un crimen el retardo
más pequeño, la menor
dilación, si fuere en daño
de su augusto ministerio.

DON PEDRO

Ni yo de ofenderlo trato;
pero pudiera, como hombre,
encontrar más avisado
el medio de conciliar...

DON SEVERO

Imposible es encontrarlo.
La ley indica la senda,
y el juez los ojos cerrados,
debe seguirla y llegar
al fin propuesto. Si incauto
los abre, arriesga el perderse,
pues buscará los atajos,
y con ellos, los peligros.

DON PEDRO

¿Conque prescindo de cuanto

me interese en su favor?

DON SEVERO

Sí, señor, o vais errado.

Y no os parezca tampoco
que hacéis un extraordinario
sacrificio. No, en la historia
encontraréis un romano
Dictador que condenó
a su hijo. También un Casio
y un Bruto que dieron muerte,
uno al padre, otro al amado
bienhechor. En fin, mil hechos
iguales, que demostraros
podrán cuánto los afectos
se miran subordinados
a los deberes, y cuánta
gloria nos da el sujetarlos.

DON PEDRO

Mil gracias, amigo mío.
Confieso habéis disipado
todas mis dudas, y pronto,
pronto conoceréis si hago
caso de vuestros consejos.

DON SEVERO

¡Hola! Ya se ha levantado
don Fermín.

DON PEDRO

Tanto mejor.
Ahora veréis lo que valgo,
cuando amigos como vos
me infunden valor.

DON SEVERO

El diablo
me lleve, si yo comprendo
qué analogía...

Escena VI

FERMÍN, DOÑA TOMASA, DON CARLOS, COLASA y dichos.

DON FERMÍN

¡Levantados,
y a estas horas ya en visita!
Pues esto, o mucho me engaño
o es pedirme chocolate.

DON PEDRO

Sí, chocolate, el que traigo
no es muy bueno para usted.

DON FERMÍN

¡Oiga!

DON PEDRO

Soy muy desgraciado,
don Fermín.

DON FERMÍN

¿Qué dice usted?

DON PEDRO

¿Y he de ser yo, cielo santo,
quien entregue esta familia
al dolor?

DON FERMÍN

Pues ¿cómo?, claro,
diga usted lo sucedido,
que esos gestos y esos ascos
me matan a confusiones,
y me indican...

DON PEDRO

Mucho y malo
deben indicar a usted,
y nunca hubiera encontrado
en mí bastante valor
(lo confieso) para daros,
siendo tan amigo vuestro,
semejante trabucazo,
sin los prudentes consejos
del hombre que estáis mirando.
Mis deberes, como juez,
no me recordasen sabios,
si una lógica elocuente

no me hubiese demostrado,
que la ley no tiene amigos,
sino aquellos que observando
sus preceptos, siguen siempre
la línea que ella ha trazado.
Por eso, al fin me decido...
y a mi pesar... violentando
mis afectos... he venido...

DON FERMÍN
¿A qué, señor? Concluyamos.

DON PEDRO
A prender a don Carlitos.

DON SEVERO
(Aparte.)
¡Qué escucho!

DON FERMÍN
¿Qué es esto, Carlos?

DON CARLOS
Lo ignoro, y como no sea
por un lance, un altercado
que con un desconocido
tuve ayer noche, no caigo
en lo que pueda ser.

DON FERMÍN
(A DON PEDRO.) Vaya
¿es esto?

DON PEDRO
Lo han acertado
ustedes.

DON FERMÍN
¿Y tal friolera
basta para...?

DON PEDRO
Despacio,
señor don Fermín, que yo
no soy ningún mentecato
para obrar tan de ligero.

Sepa usted que han delatado
a Carlos por desafío
tenido anoche: por varios
conductos me vino el soplo;
y yo, como magistrado,
no puedo disimular
un hecho que saben tantos.
Fuera esto comprometer
sin ton ni son, y en tal caso
el individuo...

DON FERMÍN

Ya entiendo:
y después aconsejado
por don Severo...

DON PEDRO

Cierto.

DON FERMÍN

¡Hombre!
¿Está usted endemoniado?
¡Éste es un cuñadicidio!

DON SEVERO

Señor don Fermín, reclamo
vuestra indulgencia. Escuchadme
y juzgadme si he faltado
al deber, o a la amistad.

DON FERMÍN

(Alejándose de él.)
Déjeme usted, por San Pablo.
A lo menos si ya hubiesen
ustedes emparentado,
anda con Dios, que no fuera
usted el primer cuñado,
ni el último que lo hiciese;
pero antes es un milagro,
una cosa nunca vista.

DON SEVERO

Carlos, tú que me has tratado
y me conoces a fondo
di, si me juzgas tan malo,
tan perverso, que...

DON CARLOS

(Alejándose de él.) No sé;
pero sólo sí reparo,
que no aconsejas muy bien.

DON SEVERO

Flora, por Dios...

DOÑA TOMASA

(Alejándose de él.) Muy villano
vuestro proceder parece;
suspendo mi juicio, y no hago
poco.

COLASA

Óigame usted un consejo,
pues parece aficionado.
Quien obra mal hace bien
en callar.

DON SEVERO

¡Estoy soñando!
Me desprecian, y huyen todos
de mí, cual si fuera el diablo,
sin oírme, sin informarse
tan siquiera hasta qué grado
soy criminal. ¿Y por qué
me huyen? ¿Por qué soy malvado?
Porque tengo la apariencia
contra mí: si así juzgamos
siempre, no me maravilla
encontrar tantos culpados.

DON PEDRO

Juzgamos, ni más ni menos,
lo mismo que aconsejamos.
Cuando no nos duele, duro;
y cuando nos duele, blando.

DON SEVERO

Diga usted, señor don Pedro,
a estos señores, si acaso
pude saber se trataba
de Carlos.

DON PEDRO

No le nombramos,
en efecto.

DON FERMÍN

(Acercándose.) ¡Hola! Pues eso
es otra cosa.

DON CARLOS

(Acercándose.) En salvando
tu amistad, nada me importa
lo demás.

DOÑA TOMASA

(Acercándose.) Pues yo no parto
tan de ligero, por eso
hice muy bien en dudarle.

COLASA

(Acercándose.) Sí señora, siempre dije
lo mismo.

DON SEVERO

¡Qué desengaño,
y qué lección! Lo que siento,
señor don Pedro, y lo extraño
a la verdad, es que usted
me comprometiese tanto.

DON PEDRO

Señor, yo busqué un consejo
que me ilustrase en tamaño
compromiso; usted no debe
resentirse, si arrastrado
por la opinión de sus luces...

DON SEVERO

Pero en empeño tan arduo
usted debió, cuando menos
nombrarme al interesado,
para que yo...

DON PEDRO

¿Y qué hace el nombre
para el hecho?

DON SEVERO

Sí, que Carlos
es mi amigo, y...

DON PEDRO

Se prescinde
de estos febles y mundanos
afectos, cuando se trata
del bien social.

DON SEVERO

Sin embargo...

DON PEDRO

Y si no, acuérdesse usted
de aquel dictador romano

que me citó no hace mucho.

DON SEVERO

Diré que ha sido un borracho;
pues de otra suerte no hiciera
tan repugnante atentado.
La naturaleza nunca
pierde sus derechos santos,
y aquél que los desconoce
es imbécil, o malvado.

DON PEDRO

¿Y Bruto?

DON SEVERO

¡Oh! No lo nombréis;
fue un parricida.

DON PEDRO

Pues Casio
no le fue entonces en zaga.

DON SEVERO

¡Ya se ve!

DON PEDRO

¿Mas lo contrario
no dijisteis hace un credo?
O al menos lo habré soñado.

DON SEVERO
Es que entonces...

DON PEDRO
Es que entonces
era el paciente un extraño,
y a su costa siempre es bueno
ser justo y cargar la mano.
¿No es verdad?

DON SEVERO
Qué responder
no sé.

DON FERMÍN
Pero ese adversario
de Carlos, ¿quién es? ¿Se puede
saber?

DON PEDRO
Señor, lo ignoramos;
y si Carlos no lo dice...

DON SEVERO
Lo diré yo.

DON CARLOS
(A DON SEVERO, aparte.)
¡Mentecato!
¿No ves que a tu amada Flora
comprometes?

DON SEVERO
(Lo mismo, a DON CARLOS.)
Pero Carlos,
¿he de permitir...?

DON FERMÍN
¿Qué es eso,
señores?

DON CARLOS
Nada, un encargo
que le dejo.

DON FERMÍN

¡Lindo cuento!
Pues como dé los recados
como los consejos...

DON PEDRO

Vaya,
si usted no tiene reparo,
don Carlos, nos marcharemos
juntos.

DON CARLOS

No lo tengo. Vamos.

DON FERMÍN

(Aparte, a DON PEDRO.)
¡Ay, Virgen santa! Oiga usted
¿dónde va el chico?

DON PEDRO

(Aparte, a DON FERMÍN.)
A su cuarto
a que se desnude, y duerma
el tiempo que ha trasnochado.

DON FERMÍN

¡Conque, a la cárcel!

DON PEDRO

No hay medio:
es fuerza formar sumario,
y remitirlo a Pamplona.

DON FERMÍN

Pues, señor, acompañarlo
quisiera yo hasta la cárcel.

DON PEDRO

Venga usted.

DON FERMÍN

(A DON SEVERO.)
Pronto despacho,
y a mi vuelta, don Severo,
tenemos que hablar un rato
a solas.

DON SEVERO
Está muy bien.

DON PEDRO
Vamos, que es muy tarde.

DON CARLOS
Vamos.

DOÑA TOMASA
¡Qué desdicha!

COLASA
¡Señorito
de mi vida!

DON FERMÍN
¡Qué quebranto!
¿En la cárcel un Peralta?
¡Ay, si mis antepasados
levantaran la cabeza,
no se armara mal fandango!

Escena VII

DON SEVERO, solo.

DON SEVERO
¡Qué me sucede! ¿Qué pasa
por mí? No sé lo que fue,
mas desde que puse el pie
en esta maldita casa,
ni me conozco, ni puedo
hacer sino desatinos.
¡Cuál será, cielos divinos,
el fin de todo este enredo!
Si se llega a descubrir
que fui yo quien ha reñido
con Carlos, estoy lucido;
y si no, ¿he de permitir
que él sufra en dura prisión
mientras que alegre paseo?
Es imposible, y yo creo

que fuera una vil acción
silencio tan criminal.
Así romperlo sabré...
Mas ¡necio! ¿Y qué ganaré?
¿Mi mal calmará su mal?
No por cierto, y solamente
se logrará en realidad,
sin curar la enfermedad,
aumentar otro paciente.
Mi temor crece a medida
que los riesgos se acrecientan,
y las dudas atormentan
más mi pecho que la herida:
fuerza será que yo busque
mi remedio en un consejo,
antes de que vuelva el viejo
y su cólera me ofusque.
A Flora voy a buscar,
ella será mi doctor,
si un mal que ha causado amor,
amor lo sabe curar.

ACTO QUINTO

Escena I

DOÑA TOMASA y DON SEVERO.

DOÑA TOMASA
Señor, vuestra desconfianza
al desaliento os entrega,
y os arruina porque os ciega.
El amor ¿no os da confianza?

DON SEVERO
Él es toda mi esperanza.

DOÑA TOMASA
Pues bien, si confiáis en él,
a su culto sed más fiel,
y no ofendáis su respeto.

DON SEVERO

¿En qué?

DOÑA TOMASA

Es dudar de mi afecto;
que si yo no soy infiel
a la fe que prometida
os tengo, no sé lo que
podáis temer.

DON SEVERO

Yo lo sé;
temo mi opinión perdida
y el grito de una ofendida
conciencia; temo, también,
el merecido desdén
del anciano don Fermín,
y temo a todos; que en fin,
teme bien, quien no obra bien.

DOÑA TOMASA

Nunca comprender pudiera
vuestro extraño sentimiento,
si una parábola o cuento
su explicación no me diera.
Dicen que allá en la Baviera
cierto quídam se encontró
un pendiente, y que le halló
tan fino, terso y brillante,
que desde luego diamante
y bueno le pareció.
Por su desgracia un platero
hizo pronto conocer
a este pobre caballero,
que su valor era cero;
y a pesar de su jactancia,
confesó al fin, que en sustancia
la joya tan ponderada
era (si usted no se enfada)
sólo una piedra, y de Francia.
En vano se desespera,
llora, se queja y maldice
hallazgo tan infelice.
Nunca consolado fuera
si la fortuna no hiciera
que a su lado reparó,
cuando menos lo pensó

un pequeñuelo inocente
jugando con el pendiente
compañero del que halló.
¡Hola! Dijo él aburrido,
este niño se complace,
y alegre se satisface
con un diamante fingido:
pues si no hubiera tenido
por fino, terso y brillante
a mi soñado diamante,
también con él jugaría;
luego la culpa fue mía,
y no del hado inconstante.

DON SEVERO

¡Ay, Flora! Tenéis razón:
ya conozco mi flaqueza.

DOÑA TOMASA

Perdonad a mi franqueza
hija de mi estimación.

DON SEVERO

Agradezco la lección,
que ingeniosa me habéis dado;
la violencia de mi estado
la debo a mi necio error,
pues quise darme un valor
demasiado exagerado.

DOÑA TOMASA

¿Lo conocéis?

DON SEVERO

Sí, señora.

DOÑA TOMASA

Probadlo.

DON SEVERO

Decid, ¿en qué?

DOÑA TOMASA

Lo diré, y no tardaré;
pero no puede ser ahora.

DON SEVERO

Entonces, amable Flora,
satisfaceros no puedo.

DOÑA TOMASA

Tengo una especie de miedo...

DON SEVERO

¿En qué fundáis tal engaño?

DOÑA TOMASA

En que a vuestro desengaño
todavía no concedo
toda la fe que pudiera.
Quedad, Severo, con Dios.

DON SEVERO

Qué, ¿os vais?

DOÑA TOMASA

Sí, que con vos
más arriesgo que debiera.

DON SEVERO

Señora, daros quisiera
esa prueba que pedís.

DOÑA TOMASA

¿De buena fe lo decís?

DON SEVERO

¿Lo dudáis?

DOÑA TOMASA

¡Ay, don Severo!
Si el desengaño es sincero
más sabréis que presumís.

Escena II

DON SEVERO, solo.

DON SEVERO

Se va y me deja entregado

a la incertidumbre fiera,
sin que pueda mi cuidado
verse jamás aliviado
de un mal que le desespera.
¿Qué será lo que tendrá
que decirme esta mujer?
Ignoro lo que será;
mas si el tiempo lo dirá
dejémosle, pues, correr.

Escena III

COLASA y dicho.

COLASA
¿Don Severo?

DON SEVERO
¿Nicolasa?

COLASA
Aunque usted siempre está serio
conmigo, yo, sin embargo,
hace dos horas que espero
la ocasión de hablar a solas
con usted.

DON SEVERO
¡Hola! ¿En qué puedo
yo servirte?

COLASA
No, señor,
si la que puede aquí hacerlo,
en favor de usted, soy yo.

DON SEVERO
¿En mi favor?

COLASA
Sí, por cierto.
¿Estamos solos?

DON SEVERO

(Aparte.) ¡Dios mío,
volvemos a los misterios
y a los tapujos! Sí estamos.

COLASA

Pues sepa usted, don Severo,
que aunque parezco criada,
soy más de lo que parezco;
pues soy el único archivo
donde todos los secretos
de los Peraltas se guardan;
soy además consejero
nato del padre, de la hija,
del hermano, de los deudos,
de los amigos de casa,
de los criados, y aun de aquéllos
que llamamos conocidos,
porque conocemos menos.

DON SEVERO

Pues, Colasa, en parangón
tuyo, ¿qué hace ese consejo
de Navarra?

COLASA

Yo no sé,
sino sólo que no miento
ni exagero; y para prueba
de lo dicho, decir debo
a usted que también conozco
sus pesares y secretos.
Cabalito.

DON SEVERO

¿Los conoces?

COLASA

Sí, señor, ni más ni menos:
si no, dígalos el amor
a doña Flora, los celos
de Carlos, el desafío,
luego la casa de juego,
la noche pasada en claro,
el natural sentimiento
por la prisión del amigo,
los temores y recelos

de que se descubra el ajo,
y también ciertos enredos,
como mentiras, ficciones,
efugios y...

DON SEVERO

Basta, veo
que estás al cabo de todo
y no es necesario...

COLASA

Bueno
era quitaros la duda,
por si acaso.

DON SEVERO

No la tengo,
por cierto.

COLASA

Pues bien, entonces
os diré, sin más rodeos,
que una cierta inclinación
simpática que os profeso...

DON SEVERO

¡Calla! ¿También se conoce
en aqueste triste pueblo
la simpatía?

COLASA

Sí, señor.
Si cualquiera en estos tiempos
simpatiza con cualquiera.

DON SEVERO

Pues, hija, bendiga el cielo
tales tiempos. Sigue, sigue.

COLASA

Digo yo, que cierto afecto,
cuya causa desconozco,
aunque siento sus efectos,
me determina a serviros,
dándoos, señor, un consejo.

DON SEVERO

Venga, pues, aunque no sea
un gran partidario de ellos;
pues dados son arriesgados,
y si se reciben, necios.

COLASA

Mire usted, lo que es el mío,
no haya miedo que nos dañe.

DON SEVERO

Vaya, dilo.

COLASA

Os aconsejo
que os quitéis la mascarilla.

DON SEVERO

¡La mascarilla!

COLASA

No veo
otro camino que pueda
salvaros.

DON SEVERO

Ni yo comprendo
lo que me quieres decir
con eso.

COLASA

¿No? Pues muy presto
lo sabréis si me escucháis:
atención, y va de cuento.
Entre los varios quehaceres
que atosigan a los vicios
el primero y principal
es la elección de los yernos.
Mi amo don Fermín, no sólo
por su mal tuvo este empeño,
sino que quiso también
buscar un yerno perfecto;
y eso es, señor, imposible.
¿No es cierto?

DON SEVERO

Cierto, y muy cierto.

COLASA

Cuando al fin se decidió
por usted, fue, por supuesto,
convencido de que había
encontrado aquel modelo
de perfección que buscaba,
y ya ve usted si está lejos
de haberlo hallado: ¿no digo
bien?

DON SEVERO

Muy bien.

COLASA

Si sus defectos
de usted, sus calaveradas,
y todos sus devaneos
se pudieran descubrir,
no hay duda que nuestro viejo
andana se llamaría.
Entonces, usted perdiendo
el engañoso barniz
que ocultaba los remiendos,
se quedara tal cual es,
y tal cual son entre ciento
los noventa y nueve: entonces,
libre del pasado empeño,
pudiera usted contratar
con Flora otro empeño nuevo,
y casarse, y tener hijos,
y conseguir luego un...

DON SEVERO

¡Fuego
con el consejo que das!
¿Y quieres tú que yo mismo
diga y confiese...?

COLASA

¿Qué importa
que sea usted o sea un tercero
en discordias, el que cuente
todo? Así siempre es muy bueno
el tomar la delantera.

DON SEVERO

Con todo, tengo recelo;
y después el amor propio
padece mucho con estos
desenlaces.

COLASA

¡Ay, señor!
El amor propio y los celos,
como a los paracaídas
los sostiene sólo el viento.

DON SEVERO

Sí, pero yo me conozco
y aunque estuviera año y medio,
estoy seguro, Colasa,
que me faltara el aliento,
si tuviera que decir
cara a cara...

COLASA

¿No es sino eso?
Pues bien, corre de mi cuenta:
yo me encargo.

DON SEVERO

Ni por pienso,
no quiero que me descubras.

COLASA

Usted lo que tiene es miedo
y pues milagrosamente
nuestro enemigo tenemos
en campaña, verá usted
si merezco o no merezco
la confianza general.

DON SEVERO

Calla, por Dios.

Escena IV

DON FERMÍN y dichos.

DON FERMÍN

Don Severo,
estoy contra usted lo mismo
que si fuera ya su suegro.

DON SEVERO

Pues, señor, lo siento mucho.

DON FERMÍN

Dígame usted, ¿qué embelecocos,
qué enredos, qué trapisondas,
son éstas? ¿Por qué está preso
Carlos? ¿Por qué la Florita
llora? ¿Por qué está usted serio,
cabizbajo y taciturno?
Responda usted.

DON SEVERO

Yo me siento
algo mal, y a eso atribuyo
mi tristeza.

DON FERMÍN

¿Es del cerebro
el mal?

COLASA

¡Jesús! No, señor,
si es el mal del descontento,
dolencia que solamente
suele cebarse en aquellos
que han estado más robustos,
porque los encuentra menos
hechos a padecer.

DON FERMÍN

Dime,
Colasa, ¿y qué sabes de eso?

COLASA

Conque ¿no lo sé? Pues vaya,
preguntadle a don Severo
si no es cierto que padece
una zozobra, un interno
disgusto, una comezón

a manera de recelos,
y sobre todo, señor,
un peso en la frente, un peso...

DON FERMÍN

Ese es mal de novios.

COLASA

Suele
también muchas veces serlo;
pero aquí no es mal de novios,
que es sólo...

DON FERMÍN

¿Qué?

COLASA

Descontento
de sí mismo, precisión
de hablar con usted, gran miedo
de que se enfade, y por fin,
indigestión de un secreto
que necesita salir,
y no puede.

DON FERMÍN

(A DON SEVERO.)

¿Es eso cierto?

DON SEVERO

Nicolasa se chancea,
y su genio placentero
quiere sin duda a mi costa...

COLASA

No, señor, no me chanceo:
usted tiene un secretazo...

DON SEVERO

Nicolasa...

COLASA

Yo no entiendo
de señas: harto he callado,
y si ahora no hablo, reviento.

DON SEVERO

Pues mejor será que yo
me retire. Hoy es correo
precisamente y dos cartas
tengo que escribir.

COLASA

No quiero
que tales cartas se escriban
hasta salir del aprieto
consabido. Venga usted
acá, señor don Severo,
y diga al que en infusión
está para ser su suegro,
cómo ha pasado la noche;
no en su casa ni al sereno,
sino en casa de la Pepa,
la mujer del estanquero.

DON FERMÍN

¿Fumando?

COLASA

No tal, jugando
y perdiendo su dinero,
y aun el vuestro de Tafalla.

DON FERMÍN

¿Y qué más?

COLASA

Que si fue al juego,
fue sólo por disimulo;
pues estuvo antes riñendo
con Carlos.

DON FERMÍN

¡Con Carlos!

COLASA

Sí;
por unos ciertos requiebros
dichos a doña Florita.

DON FERMÍN

¡Qué! ¡También ésa!

COLASA

Y no fueron,
por parte del señorito,
infundados estos celos,
que el señor gusta de Flora
y Flora no gusta menos
del señor. ¡Ay!... Ya salimos
del apuro.

DON FERMÍN

¡Qué oigo, cielos!
Dígame usted, señor mío,
si dar entera fe puedo
a lo que dice Colasa.

DON SEVERO

Señor, hay ciertos momentos
en que...

DON FERMÍN

No quiero disculpas:
bien sé que no hay hombre cuerdo
a caballo, y por lo tanto,
sin dilación ni rodeos,
sólo exijo una respuesta
categórica.

DON SEVERO

No encuentro
qué decir.

DON FERMÍN

Vamos, ¿sí o no?

DON SEVERO

Pues, señor, yo lo confieso:
es verdad cuanto ella dijo.

DON FERMÍN

¿Cierto?

DON SEVERO

Cierto.

DON FERMÍN

Eso supuesto,

dame los brazos y aprieta,
que estoy loco de contento.

DON SEVERO
¿Qué es esto?

DON FERMÍN
¡Válgame Dios,
qué fortuna!

DON SEVERO
¿Estoy durmiendo?

DON FERMÍN
¿Un yerno amable, sensible
y enamorado en extremo;
un yerno pundonoroso
y nada cobarde; un yerno
amigo de diversiones,
de trasnoches y de juegos?
¡Qué hallazgo! Yo, que esperaba,
teniendo un yerno perfecto
ser mártir de su virtud,
hallarme uno, de quien puedo
murmurar, quien sabrá darme
a cada instante pretextos
para reñirle, y quejarme
a los vecinos y deudos.
Vaya, vaya, ¡qué fortuna!
Ahora sí que seré suegro
en forma, sin menoscabo
de mi clase y privilegios.
Mas, ¿qué es lo que me detiene?
¿Por qué no marchó corriendo
a buscar un escribano
y un cura, que os casen luego?

COLASA
¡Que los case! ¿Quién con quién?

DON FERMÍN
Mi Tomasa con Severo:
¡buena pregunta!

COLASA
¿Y Florita?

DON FERMÍN

Que se vaya a los infiernos.
Adiós, adiós, yerno mío,
ten paciencia. Pronto vuelvo.

DON SEVERO

Esperad, por Dios, señor,
escuchadme.

DON FERMÍN

Ya no hay tiempo,
pero cuando estés casado
te escucharé como un muerto.

Escena V

DON SEVERO y COLASA.

DON SEVERO

Ahora bien, Colasa,
¿qué podrás decir
de tal aventura?

COLASA

Callar y reír.

DON SEVERO

¿Reír?

COLASA

Sí por cierto.

DON SEVERO

¿Te burlas de mí?

COLASA

No tal; pero ¿cómo
podré resistir
el flujo de risa
cuando don Fermín
en vez de enfadarse,
te casa?

DON SEVERO
Y por ti,
por ti sólo ha sido.

COLASA
¿Y quién presumir
pudiera este lance?
Mas, en fin, decid,
¿os casáis?

DON SEVERO
¿Y cómo
lo puedo eludir?

COLASA
Pronunciando un no
en lugar de un sí.

DON SEVERO
¡Qué extraño suceso!

COLASA
De un viejo mastín
es el tragadero
puerta de toril.

DON SEVERO
Colasa, ¿qué haremos?

COLASA
Fuerza es discurrir
un medio.

DON SEVERO
¿Y qué medio?

COLASA
¿Queréis, por San Gil,
que os dé otro consejo?

DON SEVERO
Vaya por Dios. Di.

COLASA
Quien es tan cobarde
que teme sufrir,

no busque en los otros
lo que no halla en sí;
que el valor ajeno
no puede servir
en darlo tan propio
como el suyo; así
sufra su quebranto
o aprenda a vivir.

Escena VI

DOÑA TOMASA y dichos.

DOÑA TOMASA
Severo, Colasa,
¡ay, triste de mí!
Perdidos estamos.

DON SEVERO
¿Qué sucede? Di.

COLASA
¿Qué es esto, señora?

DOÑA TOMASA
¡Ay, que entrar yo vi
al señor don Pedro!

COLASA
¿Solo?

DOÑA TOMASA
Un ministril
enjambre le sigue;
y vienen por ti,
sin duda, Severo.

DON SEVERO
Dejadlos subir,
que nunca he temido
la cárcel por sí,
sino porque pude
antes delinquir.

Escena VII

DON PEDRO y dichos.

DON PEDRO
Señor don Severo,
¿prometéis decir
verdad?

DON SEVERO
Jamás supe
qué cosa es mentir.

DON PEDRO
¿Sois vos quien con Carlos
hubo de reñir
ayer por la noche?

DON SEVERO
Sí, señor, yo fui.

DON PEDRO
¿Qué puede excusaros?

DON SEVERO
Ser hombre, y que en mí
se hallen las flaquezas
que en los otros vi.

DON PEDRO
Pues debo prenderos.

DON SEVERO
Prended y cumplid
como juez, que yo
como hombre cumplí.

DON PEDRO
Alguaciles, hola,
al punto venid.

Escena VIII

DON FERMÍN, DON CARLOS y dichos.

DON CARLOS

Aquí está un cuñado.

DON FERMÍN

Y un suegro está aquí.

COLASA

Dos son sólo, y sobra
más de un alguacil
para sujetar
aunque fuera al Cid.

DON SEVERO

Pero señores, ¿qué es esto?
¡Qué dichosa novedad!
¿Carlos puesto en libertad
tan impensado, tan presto?
Todos callan: ¡lindo afán!
¿No se me quiere decir
de dónde pudo venir
tanta dicha?... Y ¿dónde
están los alguaciles, que preso
debieron ponerme ahora?
Dilo, Carlos; hablad, Flora,
o ¿queréis que pierda el seso?
De una duda tan crüel
evitadme los temores.

DON FERMÍN

Y ¿quién le pone, señores,
a este gato el cascabel?
¿Quién le dice la verdad?

DON PEDRO

A vos os toca.

DON FERMÍN

A mí no.

DON CARLOS

Yo no lo digo.

COLASA

Ni yo.
DON FERMÍN
Don Pedro, hablad.

DON CARLOS
Padre, hablad.

DON FERMÍN
Habla tú.

DON CARLOS
¿Quién esto vio?
Los hijos deben callar.

DON SEVERO
Conque, ¿nadie quiere hablar?

DOÑA TOMASA
Si no quieren, lo haré yo.
Ignoro si me asegura
mi sexo la impunidad;
pero sabed la verdad,
aunque arriesgue mi ventura.
Señor don Severo, si
de alguno os podéis quejar,
no tenéis que titubear,
pues debe de ser de mí.
Y en prueba, deciros quiero,
aunque a Flora hayáis querido,
que Flora es nombre fingido
y Tomasa el verdadero.

DON SEVERO
Señora, ¿vos sois Tomasa?

DOÑA TOMASA
Sí, señor, de mala gana.

DON SEVERO
¿Y sois de Carlos hermana?

DOÑA TOMASA
No tiene otra hermana en casa.

DON SEVERO
Luego ha sido fingimiento

su pasión, vuestro desvío,
sus celos y el desafío.

DOÑA TOMASA
No hay duda: todo fue cuento.

DON SEVERO
¿Y qué causa provocó
tal enredo?

DOÑA TOMASA
Vuestra fama.

DON SEVERO
¿Mi fama?

DOÑA TOMASA
Sí, que una dama
siempre un marido temió
con la rara cualidad
de perfecto en demasía,
que un necio sólo confía
en la ajena necesidad.

DON SEVERO
Luego quisisteis que yo
desatinos cometiera.

DOÑA TOMASA
Y quisimos bien, pues era
el camino que se halló
para haceros conocer
el valor de la indulgencia.

DON SEVERO
¡Tan bella y con tal prudencia!

DOÑA TOMASA
Siempre es bueno prever.

DON SEVERO
La lección es harto dura.

DOÑA TOMASA
¿Cuándo es blanda una lección?

DON SEVERO

¿Quién a tal conjuración
resistiera? La hermosura,
la amistad y la experiencia
se reunieron en mi daño;
por lo mismo no es extraño
sucumbiera mi inocencia.

DOÑA TOMASA

Aquestas conjuraciones
sólo os pueden enseñar:
temed las que han de formar
muy pronto vuestras pasiones.
Éstas son, sin duda alguna,
las que más debéis temer,
y si las lográis vencer,
benedicid vuestra fortuna,
sin que por eso, señor,
insultéis al que es vencido,
pues él hubiera querido
ser, como vos, vencedor.

DON SEVERO

Conozco, señora mía,
vuestra razón, y la aprecio
de tal modo, que en desprecio
de mi orgullo, quiero un día
ser de todos conocido
por tolerante y prudente,
que es lo mismo que indulgente.

DOÑA TOMASA

¡De veras!

DON SEVERO

Nunca he mentado.

DOÑA TOMASA

Entonces, ésta es mi mano,
si es que mi padre lo aprueba.

DON FERMÍN

Dios os bendiga y os llueva
más hijos que en el verano
hay chinches. Pero, Severo,
no olvides esta lección,

que siempre los buenos son
a perdonar los primeros.

DON SEVERO

¿Olvidar esta lección?
¡Jesús, señor, qué demencia!
Y en prueba de mi indulgencia
obtendréis vuestro perdón.

DON FERMÍN

¿Qué dices? ¡Oh, qué delirio!
¡Perdón yo! ¿De qué o por qué?

DON SEVERO

Porque vuestra casa fue
donde he sufrido el martirio
de una burla asaz pesada,
siendo los actores de ella
mi anciano, una doncella
con ínfulas de casada,
un juez, y en fin, un amigo
a quien conocí en su infancia;
confesad, pues, que en sustancia,
os excedisteis conmigo;
y pues por distintos modos
todos, don Fermín, lo erramos,
bueno será que pidamos

FIN